

El centenario de Sagasta

Don Alfonso XIII y Sagasta

Por el CONDE DE ROMANONES

Prefiero para hablar de aquel mi maestro venerado, del hombre que me enseñó a amar los principios liberales, referirme a cosas por mí vistas y vividas. Sagasta fué, como todos recordarán, el último presidente del Consejo de ministros de la Regencia y el primero del nuevo reinado; la lógica misma de los sucesos le designaba para dar por terminada la minoridad del Rey; porque fué Sagasta quien realizó principalmente la labor penosa de salvar todas las dificultades que se siguieron a la muerte de don Alfonso XII, hasta el punto que si en justicia cabe decir que fué Cánovas el hombre de la Restauración, igualmente se debe proclamar que fué Sagasta el de la Regencia.

Es ley humana que cuando la tormenta pasa pocos recuerden los afanes del timonel para evitar que el barco zozobre y se hunda, y como la política se caracteriza por una mayor ingratitud, no es de extrañar que en ella el olvido a los que salvaron la nave de la borrasca sea aún mayor.

Al morir don Alfonso XII dejaba una España atormentada por todas las inquietudes, un partido republicano poderoso, dirigido por hombres del mayor saber, autoridad y prestigio, resueltos a librar la batalla decisiva por el triunfo de sus ideales; y para ocupar la Regencia una viuda, desconocedora de España, que no había tenido tiempo ni ocasión de demostrar las dotes que reunía para el desempeño de la función difícilísima de Reina constitucional, acrecentada la dificultad por no desempeñarla en nombre propio. A los pocos años, Sagasta había realizado el milagro de consolidar la Monarquía, haciéndola compatible con la instauración de los verdaderos principios liberales, deshaciendo al propio tiempo por completo los grandes núcleos republicanos, y realizando esta labor sin violencias, sólo por la práctica de una acertada y sagaz política.

Al ver aprobadas por las Cortes las leyes del Jurado y del Sufragio Universal, esas leyes que, según algunos espíritus superiores, están pasadas de moda y sin las que se puede vivir perfectamente, el gran Castelar, el orador y pensador insuperable e insuperado, plegó su bandera.

Bajo el peso de carga tan gloriosa llegaba Sagasta a presidir la entrada del nuevo Rey en funciones. Alcanzó este momento rendidas sus fuerzas, aún más que por los años, por las luchas que había sostenido en defensa de la libertad.

Para ir acostumbrando al joven Rey en la práctica de su oficio, creyó oportuno Sagasta, antes de que llegase el día 17 de mayo de 1902, que asistiera a algunos de los Consejos de ministros, que entonces semanalmente, y sin más excepción que la del verano, se celebraban bajo la presidencia de la Regente, y así se hizo. Sentóse don Alfonso XIII a la derecha de su madre, e inmediato a él, cual correspondía, el presidente del Consejo. El Rey siguió con atención intercalando el hilo del discurso que Sagasta pronunciaba; se avivó la atención del Rey cuando Sagasta abordó los temas referentes a la política interior. Cuando hablaba de los debates en las Cortes—entonces había Cortes—; cuando comentaba los discursos en ellas pronunciados; cuando se refería a las actitudes de unos y otros hombres políticos.

El Rey dirigía su mirada, entre inquieta e interrogadora, a los que alrededor de la mesa nos hallábamos; notábase en aquella mirada el deseo de llegar hasta el fondo de nuestra conciencia; había en ella como una interrogación. ¿Qué clase de hombres éramos, cuál nuestra condición, cuáles nuestros propósitos, nuestros medios? ¿Tendría que arrastrar sólo con nosotros, los hombres políticos, la pesada cadena de su reinado?

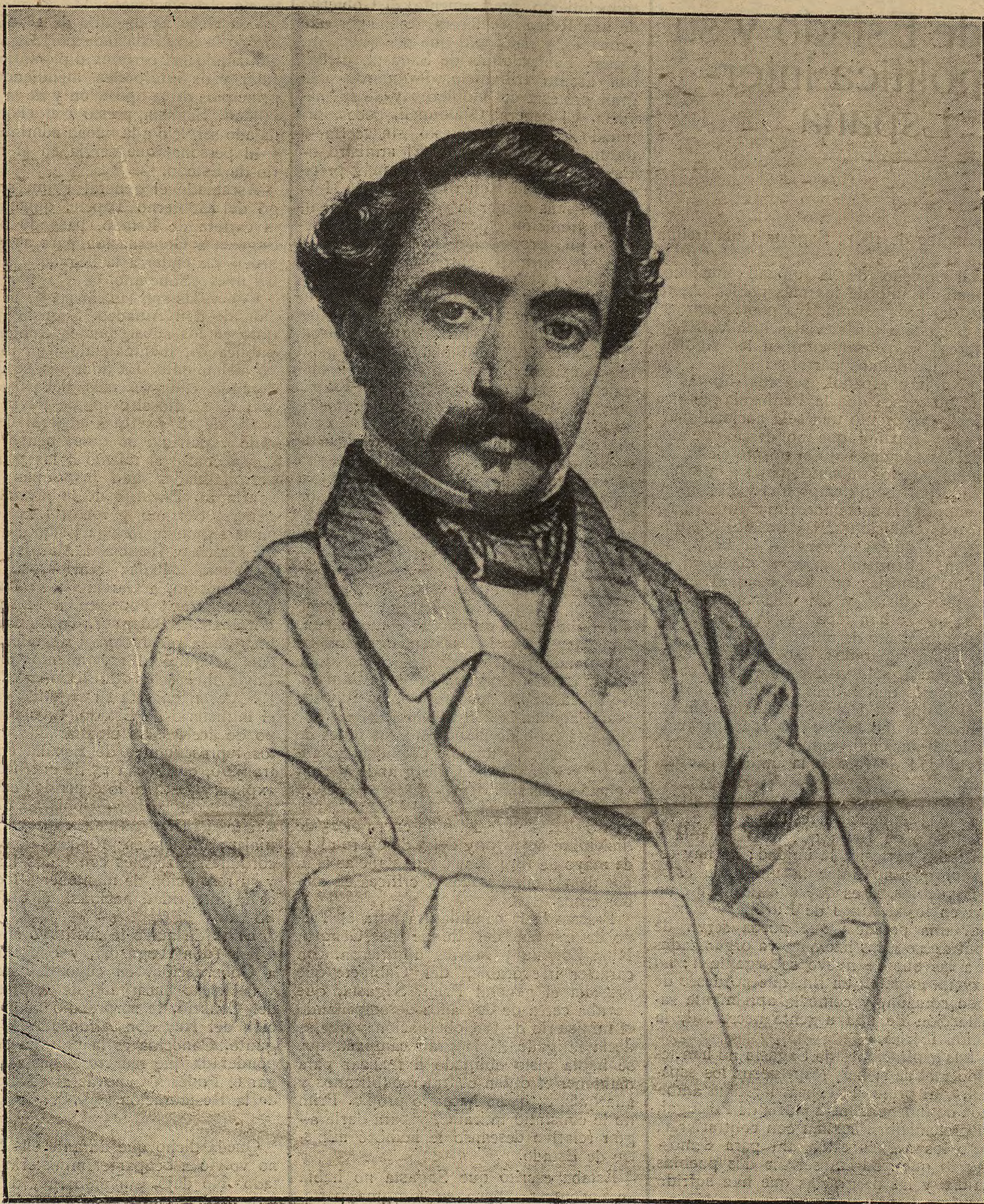
El silencio del Rey fué absoluto; pero su mirada no dejaba de ser elocuente. Mas la inquietud le dominaba, y más aún el anhelo por que llegara el día 17 para presidir ya sin trabas ni tutelajes el Gobierno. Esta noble impaciencia no era una suspicacia mía; plenamente la vi confirmada pocos días después.

Llegó al fin el ansiado día 17; fatigosa fué para todos aquella jornada, más aún para el noble anciano que presidía el Gobierno, y cuyas resistencias físicas estaban agotándose.

Momento inolvidable el de la llegada del Rey al Congreso, su entrada gallarda y decidida en el salón de sesiones, el minuto solemne de la jura, los vítores y aclamaciones que a ella se siguieron; la emoción intensa de Sagasta, que no podía evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos.

Después de esto, el Tedéum en San Francisco y seguidamente a Palacio para jurar ante el Rey nuestros cargos de ministros, ya que al terminar la Regencia y en buena práctica constitucional, presenté el Gobierno la dimisión, que le fué admitida por la Reina doña María Cristina, formándose otro

Sagasta diputado en las Cortes del 54



Sentencia de muerte contra Práxedes Mateo Sagasta

En la «Gaceta de Madrid» de 23 de septiembre de 1866, Sección Ministerio de la Guerra, aparece la siguiente SENTENCIA:

Capitania General de Castilla la Nueva. Estado Mayor. Sentencia. Visto y examinado este proceso formado por D. Manuel Barrena y Echevarría, comandante juez fiscal del segundo batallón del regimiento de Infantería del Príncipe, número 3, y fiscal en comisión de la Capitania General de Castilla la Nueva, contra ex general D. Blas Pierrad; D. Baltasar Hidalgo de Quintana, ex capitán; D. Eusebio González Posada, D. Valentin Fuentes Redondo, D. Norberto Peñasco Gali, D. Antonio Rodríguez Prieto, D. Manuel Seribes y Ferrer, D. Enrique Martí y Domingo, D. Antonio Dávila Salgado, D. Eleodoro Barbachano y D. José Riol, ex oficiales del Ejército y ex cadete el último, acusados del delito de sedición contra el Gobierno de Su Majestad en el día 22 de junio último; contra los paisanos D. Emilio Castelar, D. Carlos Rubio, D. Inocente Ortiz y Casado, D. Cristino Martos, D. Manuel Becerra, D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Francisco de Paula Montemar, D. José Rivas Chandel, Galo Ortega, Alfonso López, Francisco García Mila y Ceferino Berritos y Vallejo, acusados del grave delito de rebelión en el mismo día en esta corte: concluido el proceso en todas sus partes en ausencia y rebeldía de los reos; y habiendo hecho relación de todo al Consejo de guerra presidido por el señor teniente coronel primer jefe del primer batallón del regimiento de Infantería de Asturias, D. José Agustín Enríquez; todo bien examinado con la conclusión fiscal, ha condenado el Consejo y condena por unanimidad de votos al referido ex general D. Blas Pierrad y ex oficiales del Ejército D. Baltasar Hidalgo de Quintana, D. Eusebio González Posada, D. Valentin Fuentes Redondo, D. Norberto Peñasco Gali, D. Antonio Rodríguez Prieto, D. Manuel Seribes y Ferrer, D. Enrique Martí y Domingo, D. Antonio Dávila y Salgado, D. Eleodoro Barbachano y don José Riol, ex cadete, a la pena de ser pasados por las armas, con arreglo al artículo 26, Tratado 8.º, título 10 de las Reales Ordenanzas, sin perjuicio de ser oídos si se presentan o son capturados. Y a los paisanos D. Emilio Castelar, D. Carlos Rubio, D. Inocente Ortiz y Casado, D. Cristino Martos, D. Manuel Becerra, D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Francisco de Paula Montemar, D. José Rivas Chandel, Galo Ortega, Alfonso López, Francisco García Mila y Ceferino Berritos y Vallejo, los condena también a que sufran la pena de muerte en garrote vil, con arreglo a los artículos del Código penal vigente, 167, 168 y lo dispuesto con aplicación a paisanos en el Real decreto de 30 de octubre de 1848 y Real orden de 12 de diciembre de 1856, todos sin perjuicio de ser oídos si se presentasen o son capturados. Y respecto a Martín Rosales, hace el Consejo caso omiso de este individuo por la circunstancia de no ser identificada su persona, siendo además el acuerdo unánime del Consejo, que se elimine de este proceso a Francisco Samper, subteniente de la escala práctica de Artillería, por tener abierto un procedimiento con separación de éste.

Madrid, 21 de septiembre de 1866.

El Presidente, José Agustín Enríquez, Leoncio Lillo, José de San José Delgado, Pablo Bustamante, Marcos Calero, Antonio de Navacerrada y Sánchez, Antonio Breu.—Es copia, El Conde de Cheste.

nuevo por el Rey, claro es que compuesto por los mismos hombres.

Creíamos que tras el juramento había llegado la hora de descansar, porque en aquel día de gran calor la cascaca de ministro nos abrumaba; mas el nuevo Rey, impaciente por entrar en funciones, nos invitó a pasar a su despacho para celebrar el primer Consejo de ministros por él presidido; tomamos asiento, y Sagasta pronunció un breve y arrojado discurso de salutación al Monarca, con aquel tono familiar en el frecuente, y que resultaba lleno de encanto; contestó le el Rey con sentidas frases, y en el momento en que por creer terminado el Con-

sejo íbamos a levantarnos, el Rey planteó una serie de cuestiones que hicieron que la reunión se prolongara largo rato; las palabras del Rey fueron recogidas por Sagasta, Weyler y el duque de Veragua.

A pesar de los años transcurridos, conservo muy fresco en la memoria cuanto en aquel Consejo escuché, todo ello muy interesante y revelador de las condiciones buenas y... menos buenas que los años confirmaron como fundamentales del carácter y personalidad del Soberano.

Transcurridos muy pocos meses, Sagasta moría, con la satisfacción de ver realizada su obra, obra de afirmación monárquica, y

al mismo tiempo, y aún más, de defensa de los principios liberales y democráticos consignados en la Constitución y en las leyes.

El Rey presidió con elogia solicitud el entierro de Sagasta; demostraba hallarse hondamente afectado; mas es seguro que sus pocos años le impedían darse cuenta de cuánto significaba para la Monarquía aquel a quien se daba tierra en el Panteón de Atocha. Bien es verdad que nosotros mismos, los que seguíamos su bandera, hemos tardado mucho tiempo en hacernos cargo de que con Sagasta desaparecía, no sólo el jefe querido y admirado, sino una política y un partido.

Razones de un centenario

Por DON MIGUEL VILLANUEVA

La idea de honrar la memoria de Sagasta con motivo del centenario de su nacimiento, pertenece por igual a todos los liberales españoles. Para realizarla estorban toda clase de pompas y los hipocritas de honor y patriotismo, y no es obligatorio el enjuiciamiento que requieren las canonizaciones de la Iglesia católica y para el que es notorio que no faltarían desafiados afines que se prestaran, como voluntarios, a servir de abogados del diablo respecto del jefe liberal. Para los que le amaron y siguieron ayer y para los que hoy comulgan en sus doctrinas, consagrarle este recuerdo es imperioso deber, que seguramente cumplirán también otros muchos, si su conciencia no está embotada por la ingratitud; y todos lo harán con fervor semejante al que resplandeció en los primeros siglos del cristianismo.

Bien merece toda clase de homenajes quien acertó a servir a su patria como Sagasta lo hizo. Revolucionario cuando la dignidad de hombre y de español imponía serlo, y lo fueron él y sus más esclarecidos contemporáneos; gubernamental para salvar el interés supremo de la nación en momentos de peligro y robustecerle en los días de envidiable bonanza, obró siempre de manera que de él pudo decirse que, «si grande y digno de la historia fué por sus servicios, lo es más todavía por su bondad, su honradez y su modestia, cualidades mediante las que los sentimientos del hombre y los hechos del gobernante vivieron en preciosa armonía, generadora de la obra de paz y de progreso, que le caracterizará ante las generaciones venideras.»

Nacido en el seno de familia liberal, cuyo ambiente caldeaban los más salientes episodios de la guerra civil de siete años, su espíritu se modeló con las ideas profesadas después durante su vida; y por la libertad luchó sin desmayo en la tribuna y en la Prensa, siendo condenado a muerte en garrote vil y devorando las amarguras del destierro cuando la situación de España exigía a los liberales esos y aun mayores sacrificios, porque, como escribe el marqués de Mendigorría en sus «Memorias íntimas», «con la tribuna limitada, con la imprenta muda, con los derechos suprimidos, con las garantías individuales suspendidas y con la libertad particular a merced de los agentes de Policía, aquello no era ya un Gobierno representativo, sino una especie de oligarquía contraria a lo que habían esperado los pueblos al afianzar la corona de la Reina en siete años de lucha».

Cuando sonó la hora de reconstituir la patria conmovida por la revolución de 1868, su labor fué admirable, poniendo freno a los excesos inevitables en los días de grandes transformaciones políticas y rehaciendo el partido liberal, que contribuyó a consolidar la restauración y recogió la Regencia, nacida en medio de dudas y temores, que desvaneció la habilidad del gobernante. «Días difíciles fueron aquellos en los cuales la Regencia, a su advenimiento, era saludada por chispazos revolucionarios en Cartagena y por la sublevación del general Villacampa en Madrid; y no menos angustiosos los otros en los que, adulterando las palabras del profeta Isaías, se aplicaba a España la supuesta maldición que pesa sobre los pueblos que tienen niños por Reyes y son gobernados por mujeres!»

Todos los peligros fueron conjurados, y después de una obra legislativa, que bastaría para asegurar la gloria de su nombre, logró Sagasta llegar al día en que la Regencia entregaba a don Alfonso XIII, en medio de la más envidiable normalidad, la Corona que diez y seis años antes recogió y defendió como depósito sagrado. Su misión había concluido; meses después bajaba al sepulcro rodeado del cariño y del respeto de sus contemporáneos.

Su ejemplo fortalecerá siempre a los liberales en la desgracia; el la sufrió con frecuencia, porque era humano que al tribuno y al estadista alcanzasen las persecuciones, que soportó con dignidad exenta de soberbia. Algunas veces, acosado por la ira popular, páficamente explotada desde el Gobierno contra él, pudo repetir las célebres palabras del ilustre Olózaga, que no olvidan sus correligionarios, cuando, al defenderse de los inícuos ataques de sus enemigos, decía: «Habéis convertido al Trono en un ariete para dirigirla contra la frente de un ciudadano. Pues miradla... está ileña. Ahora, volved la vista al Trono.» Este, años después, sufría las consecuencias,

porque «los Tronos no son más que instituciones políticas, llamadas a satisfacer las necesidades de los pueblos», y cuando las contrarían pierden su razón de existencia y labran su ruina inevitable.

Cumplan hoy los liberales sus deberes para con el jefe esclarecido, sin reparar en críticas y censuras colmadas de iniquidad. Era imposible que para aquel faltase lo que en todos los tiempos hubo, representado unas veces en los insultos del esclavo que acompañaba a los Césares romanos vencedores y otras por los «vanos pedantes, doctores desdeñosos, que calificaban de ingenio lego» a Cervantes, «para denotar la gran diferencia que había entre ellos y él, considerándole como un romancero vulgar,

propio, a lo más, para entretener ocios y hacer reír en un libro».

También tropezó Sagasta, y lo mismo su memoria; con los que «han aprendido a no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre, a no envilecer jamás con la sátira la noble profesión de escribir, a manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa a los hombres para que se perfeccionen y amen, y no para que se destruyan y corrompan». No importa; nada ennoblecía tanto a los hombres como los dardos de la injusticia; su empleo contra ellos ha enseñado, como dijo el inmortal Quintana, «que si el tiempo presente le disfrutan la fortuna y el poder, la posteridad es toda para el ingenio y la virtud».

Sagasta ministro de Estado y su actuación en la política internacional de España

Por J. PEREZ CABALLERO

No era posible que personalidad tan conspicua como la de Sagasta, que tan legítima y decisiva influencia ha ejercido en la política española, dejara de interesarse y de actuar en nuestra vida internacional. El largo lapso de tiempo que media entre las Cortes de 1854, donde ya se destacó su valía, hasta el año 1905, en que falleció, no fué ciertamente el más favorable para una afortunada ni siquiera brillante actividad exterior.

Los problemas internos de luchas de regímenes, de conspiraciones, de pronunciamientos, de guerras civiles, de separatismos coloniales, agobiaron a nuestro país y a sus Gobiernos, de tal suerte, que les privaron de libertad y, sobre todo, de autoridad, para hacer sentir su peso en el concierto mundial. Harto fué que pudiesen atender a los incidentes en que, contra su voluntad, y siempre arrastrados por las circunstancias, se vio envuelta nuestra patria, sin que les fuese dable a los directores de nuestra política dominar los acontecimientos y encauzarlos en dirección a un posible engrandecimiento. La decadencia iniciada con los primeros Austrias no pudo por menos de agravarse en períodos tan agitados como los inmediatos anteriores y los sucesores de la revolución de septiembre de 1868, en los que, si se luchó por la libertad y la democracia, logrando en el particular un evidente progreso, no hubo términos hábiles para adquirir el poderío y la riqueza que otorgan a los Estados primacía en sus relaciones internacionales.

No cabe, pues, de proceder en justicia, acusar a Sagasta de desaciertos internacionales; tampoco cabe encomiar su gestión exterior. Los sucesos le arrollaron; al igual de lo acontecido con cuantos gobernaron en aquel agitado período. Puso de manifiesto Sagasta sus altas dotes de patriotismo, de clarividencia y de ponderación. En momentos solemnes y gravísimos, en especial al perder España los últimos restos del inmenso Imperio colonial, que en épocas más gloriosas había descubierto y conquistado, supo Sagasta mantener el orden público e inspirar la necesaria resignación al país, que le hizo la debida justicia de estimar que no era él el mayor responsable. Dejando para la Historia el juicio definitivo, se presenta Sagasta ante los que le conocimos en el último período de su vida y tuvimos ocasión de tratarle en el aspecto de su labor internacional, como un espíritu en perfecto equilibrio, enamorado de España y de sus instituciones libres y monárquicas, pero a quien no acompañó en este respecto la fortuna.

Para los hombres de la generación del que escribe es muy poco conocida la labor de Sagasta en relación con la vida internacional. En los numerosos Gabinetes que constituyó y presidió durante el reinado de don Alfonso XII y Regencia y don Alfonso XIII, jamás se reservó la cartera de Estado, que confió a personalidades de primera línea de su partido, como el marqués de la Vega de Armijo, don Segismundo Moret, don Pío Gullón y el duque de Almodóvar del Río, lo que hizo creer que, reservándose para sí la política interior, confiaba la exterior a tan ilustres personajes. No fué ese el caso, pues Sagasta, que parecía desentenderse de todo, por la libertad y bondad con que trataba a sus ministros, no descuidaba nada, y, sin aparentarlo, con gran habilidad y cortesía, estaba al tanto de los sucesos y hasta de sus detalles. Hubo de decirme, en múltiples ocasiones, mi inolvidable maestro y jefe don Segismundo Moret.

En la primera etapa de Sagasta, desde las Cortes del 54 hasta la dimisión de don Amadeo, su actuación internacional fué personal y directa.

Uno de los discursos más grandilocuentes de Sagasta, sin duda el más estudiado y meditado, lo consagró a combatir al Gobierno de la Unión liberal, presidido por O'Donnell, con motivo de su negativa a reconocer la unidad de Italia. Los biógrafos de Sagasta convienen en que fué, si no la mejor oración parlamentaria, aquella en que hizo más alarde de preparación, respondiendo al gusto de la época de largos párrafos y de síntesis históricas. Sagasta cambió su oratoria, y en la plenitud de su autoridad política se esforzó por hacerla sencilla y convincente. El discurso al que nos referimos lo pronunció en el Congreso el 6

de marzo de 1861; Sagasta tenía treinta y seis años.

El ensueño de la unidad hispánica constituía uno de los más nobles objetivos del progresismo. No podía sustraerse Sagasta a tan elevadas idealidades, y expresó su pensamiento en los siguientes brillantísimos párrafos:

«No hay español, señores diputados, que no desee que la Península ibérica constituya pronto una sola nacionalidad; no hay español que no desee que dos pueblos nacidos bajo el mismo cielo, bañados por los mismos mares; que han tenido por tanto tiempo una vida común, siempre vida semejante; que cuentan las mismas tradiciones, las mismas costumbres, las mismas creencias, la misma religión, el mismo carácter nacional, la misma historia; que han compartido las mismas glorias y las mismas penalidades; que se han repartido la honra en el descubrimiento de nuevos mundos, y que no están separados sino por una línea imaginaria, sólo visible para los aduaneros que lo determinan; no hay español, repito, que no desee que estos pueblos se reúnan en uno solo y que constituyan la unidad nacional, como constituyen ya la unidad de raza y la unidad geográfica.»

«No hay español, señores, que al observar la tendencia irresistible que se ve, lo mismo en Italia que en Alemania y en todas partes, a la unidad; no hay español que no desee la unión de estos dos pueblos, si es que han de influir un día en los destinos de Europa y constituir una potencia que pueda servir de contrapeso a las naciones ya organizadas y a las que de nuevo se organicen; no hay un español, en fin, que no desee de todo corazón, y como la apremiante satisfacción de una urgente necesidad, la unión ibérica.»

Las aspiraciones de Sagasta no han tenido realidad; más respetuosos los españoles, al presente, con la legítima ambición de independencia patria de Portugal, ni pretenden ni sueñan con contrariarla; pero los hechos están ahí para demostrar lo que podrían ser los dos pueblos unidos y las desgracias que han sufrido y sufren por su desunión.

El problema de Marruecos lo planteó Sagasta en los siguientes términos, de perfecta actualidad:

«La ocupación de Gibraltar por Inglaterra y la conquista de Argel por Francia, que cada día va tomando mayor incremento, amenazando una y otra nación el dominio completo del canal que sirve de unión a nuestros mares, obligan a todo Gobierno español a no separar la vista del otro lado del Estrecho y a considerarla como el principal punto de su política internacional, siquiera en la ocasión oportuna, en la guerra de Africa, se haya tenido olvidada esta última circunstancia.»

Por lo que se refiere a nuestra política americana, Sagasta la concretó en los siguientes términos:

«Por último, la dignidad y la conveniencia de España nos obligan a procurar, por cuantos medios estén a nuestro alcance, la unión de nuestra raza en América.»

Sagasta vió, pues, con claridad lo que España podía y debía pretender en orden a su política exterior; la opinión pública no le siguió; el pesimismo invadió los mejores espíritus, y la falta de continuidad de política, junto con los apremios de desgracias internas, destruyeron tan legítimas aspiraciones.

En el discurso que venimos extractando, Sagasta hizo un acabado relato histórico de las dificultades que había tenido que vencer Italia para lograr su unidad; entonó un canto al Piamonte que asumió el papel de libertador; pasó revista a la situación de las potencias para probar que, así Francia, regida por Napoleón III, de origen revolucionario, dijo, jefe de una familia soberana surgida de la revolución y coronada dos veces por el sufragio popular, como Inglaterra, donde manda en absoluto la opinión pública, ambas, entonces las dos mayores potencias del mundo, tenían que estar al lado de Italia y de su glorioso resurgimiento.

Se ocupó de Roma y del Papado, afirmando que el poder temporal de los Papas es una cuestión política que nada tiene que ver con la religión, que no puede considerarse esencial al catolicismo

sin cometer una grandísima herejía». Afirmó que la Historia demuestra (y los hechos posteriores lo han confirmado) que el poder temporal es más perjudicial que útil al espíritu del Pontificado. Acusó al Gobierno de la Unión liberal de haber empequeñecido el problema y perjudicado los intereses nacionales, oponiéndose al reconocimiento de la unidad de Italia por consideraciones mezquinas, equivocadas, dinásticas, de familia y por espíritu reaccionario, contrario al liberal imperante. Fustigó a los Borbones de Nápoles, diciendo que no se perjudicaría a los de acá por favorecer a los de allá.

Con este motivo se refirió incidentalmente al pretendido derecho divino de los Reyes frente al principio de la voluntad nacional, que estimaba el verdadero y legítimo, y dijo que cediendo la corona de Italia el Rey del Piamonte por la voluntad nacional, se oponía a su reconocimiento, precisamente, el Gobierno de una Reina que lo era, dijo, «por este principio», y nada más que por este principio. Las palabras de Sagasta, dichas con acento tribunicio, levantaron una gran protesta del Gobierno y de su mayoría. El general O'Donnell, poco afortunado aquel día, protestó, sin acertar a puntualizar su protesta. El ministro de Estado, Calderón Collantes, más preciso, dijo que la Reina doña Isabel II lo era, además de por la voluntad nacional, por la tradición y por la herencia. Se presentó una proposición de censura contra Sagasta, firmada, entre otros, por don Enrique O'Donnell y don Vicente Barrrantes, a la que siguió otra de «no ha lugar a deliberar», suscrita por González Brabo, Belda, don Juan Valera y otros. Sagasta no rectificó; mantuvo sus palabras, expresando que era el mayor homenaje que podía tributarse a la Reina, porque, aparte de que en su doctrina liberal constitucional y democrática no podía admitir otro título para reinar más que el de la voluntad nacional, y ese era el espíritu de la Constitución entonces vigente, había que convenir en que nada bueno podía esperarse de existir un divorcio entre la Monarquía y la voluntad nacional.

El vicepresidente que ocupaba la presidencia, señor marqués de la Vega de Armijo, se apresuró a dar por terminado el incidente, estimando como buenas aquellas explicaciones, que no se habían comprendido bien—agregó—, sin duda por el estado de agitación de la Cámara. Se retiraron las dos proposiciones, y así acabó aquella sesión memorable, en que Sagasta puso de manifiesto sus dotes de gran orador, de temible polemista y, ante todo y sobre todo, de grande y convencido liberal.

En dos ocasiones ha sido Sagasta ministro de Estado: del 9 de enero al 25 de diciembre de 1870, y del 3 de enero al 12 de mayo de 1874. Las circunstancias eran por demás enrevesadas y críticas en ambos casos.

Fracasada la candidatura para el Trono de España del duque de Génova, Ruiz Zorrilla y Martos dimitieron, con carácter irrevocable, del Gabinete que presidía el general Prim. Sagasta, que llevaba cerca de dos años desempeñando el ministerio de la Gobernación y que se decía fatigado de la gran campaña que se había visto obligado a realizar para mantener el orden contra republicanos y anarquistas, quiso hacer lo propio. Prim no le consintió retirarse, y para darle algún relativo descanso le nombró ministro de Estado.

Estaba escrito que Sagasta no había de encontrar reposo en ninguna parte. La candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzoller Lignarigen, patrocinada con gran entusiasmo por Prim, por ver en él a un príncipe joven, animoso, progresivo, con toda la aureola de la tradición monárquica, de la que Prim era tan entusiasta, y con la preparación necesaria para practicar un régimen constitucional y democrático, príncipe católico y enlazado con las principales casas reinantes de Europa, tal candidatura despertó las sospechas de Francia y provocó la guerra francoprusiana. Sagasta puso en acción todo su talento y actividad para convencer al Emperador Napoleón III que no se trataba de ningún ardid de Prusia para dañar al Imperio francés. En la correspondencia postal y telegráfica con el embajador en París, que lo era Olózaga, y con los representantes diplomáticos en las demás Cortes y países, que hemos recorrido precipitadamente, gracias al amable concurso del personal del Archivo del ministerio de Estado, se comprueba que Sagasta puso de manifiesto que la candidatura del príncipe Hohenzoller era fruto espontáneo de la exclusiva iniciativa española; que ninguna sugestión procedía de Berlín; que no envolvía prejuicios contra ninguna potencia, toda vez, decía, que, como Rey constitucional, había de gobernar al amparo del texto de 1869, y su misión sería de paz y de amistad con todos.

La suspicacia del Imperio francés no se rindió a tales razonamientos. Aparece en despacho fechado en Londres por nuestro ministro señor Rancés (más tarde marqués de Casa Laiglesia), que lord Grauville, primer ministro de Inglaterra, expresó su extrañeza de que se hubiese sugerido y mantenido dicha candidatura sin prever el mal efecto que necesariamente había de producir en Francia. El análisis del porqué y el cómo de esta candidatura merecería detenido estudio, impropio de este lugar. Lo cierto fué que, pese a la renuncia del príncipe, a los esfuerzos de Sagasta y a la actitud de lord Grauville, estalló la guerra, que el ministro de Estado tuvo que atender a las consecuencias de ella, en lo que a España afectaba. Sagasta dictó las reglas de

nuestra neutralidad, que se publicaron por Real decreto de fecha 26 de julio de 1870; Sagasta, por conducto de Olózaga, hizo cuanto estuvo de su parte para convencer al Gabinete de París de los sentimientos amistosos que abrigaba en su favor el de Madrid; Sagasta se adhirió a las gestiones de Inglaterra para unificar el sentido de la neutralidad, para no cambiar de política sin aviso recíproco y previo y para utilizar cuantas circunstancias se presentasen en el sentido de la paz. La guerra, aunque breve (sólo duró desde el 19 de julio de 1870 hasta enero de 1871), dió lugar a varios incidentes, en los que intervino, con suma ponderación, la Cancillería de España, dirigida por Sagasta.

La candidatura y la elección de don Amadeo no provocó reclamación ni negociación diplomática; se notificó previamente a las potencias y por todas se aceptó sin observaciones.

Con fecha 24 de julio de 1870 se promulgó la ley, redactada por Sagasta, organizando las carreras diplomática, consular y de intérpretes, atendiendo a los principios de la oposición y de la inamovilidad. Sagasta prestó con ello un señalado servicio a la buena administración y al personal que servía en el ministerio de Estado.

Asesinado el general Prim, se encargó del Gobierno Topete, quien asumió la cartera de Estado, pasando otra vez Sagasta a Gobernación para asegurar el orden y atender a la llegada y a la jura del nuevo Soberano.

Conocidas son las causas de la abdicación de don Amadeo. Sagasta no colaboró en los subsiguientes Gobiernos republicanos, manteniéndose en un relativo aislamiento. La anarquía se iba apoderando, cada vez más, del país, y para atajarla se dió el golpe de Pavia el 3 de enero de 1874. Aquel general desinteresado y patriota no quiso ocupar el Poder y confió el mismo a las principales personalidades que inspiraban general confianza. Encargó de la presidencia al general Serrano y repartió las carteras en la siguiente forma: Estado, a Sagasta; Gracia y Justicia, a Martos; Guerra, al general Zabala; Marina, a Topete; Gobernación, a García Ruiz; Hacienda, a Echegaray; Fomento, a Mosquera, y Ultramar, a Balaguer. Todos eran hombres de la revolución y liberales, con lo cual se quitó al movimiento militar de Pavia el carácter de reaccionario.

Sagasta, en esta su segunda época en el ministerio de Estado, tuvo poco campo de acción. La circular que dirigió a los representantes de España en el extranjero, con fecha 25 de enero de 1874, explica y justifica lo ocurrido; expresa el propósito del nuevo Gobierno de dominar las guerras carlistas, cantonal y coloniales; anuncia su propósito de estrechar cordiales relaciones con todos los países y su resolución de mantener a todo trance la integridad nacional, el orden y la libertad.

El 12 de mayo le sustituyó en Estado Ulloa (don Augusto), y Sagasta volvió a Gobernación, en cuyo departamento, y de hecho encargado de la presidencia del Consejo, le sorprendió la proclamación del Rey don Alfonso XII, en Sagunto. Conocida es la protesta serena y ponderada que redactó Sagasta al entregar el Poder a Cánovas al advenimiento de la Restauración.

Queda dicho que durante ella Sagasta no volvió a ocupar el ministerio de Estado. No dejó, sin embargo, de influir y de dedicar su diligente cuidado a nuestra vida internacional. Su autoridad la ejerció por medio de los colegas a quienes encomendaba la materia, siempre en el sentido previsor y prudente. Así y todo, no pudo evitar incidentes desagradables. Fué uno de ellos, y de los más graves, la mala acogida que tuvo el Rey don Alfonso XII en París, a su regreso de un viaje por Austria y Alemania. Ya que no pudo evitarlo, empleó su fina perspicacia y notoria habilidad para suavizar los términos en que se había planteado el incidente y derivarlo en unánime homenaje nacional a favor de la Monarquía. Hasta el periódico «El País», órgano de Ruiz Zorrilla, manifestó que antepuesta a sus ideales republicanos su amor a España, estimando como propia la ofensa inferida al jefe del Estado.

El período de la Regencia, por haber sido el más largo, el más pacífico y aquel en que con mayor respeto se practicaron los preceptos constitucionales, fué también el más propicio para una activa labor diplomática. La aprovechó Moret, bajo la inspiración y con la aquiescencia de Sagasta; para, con motivo de la Exposición de Barcelona, preparar la más importante manifestación internacional que se recuerda en los modernos tiempos, en honor de España y de la que era en aquel entonces su augusta Reina regente. A la vez se logró que España figurase en el concierto mundial al lado de Inglaterra, de Italia, de Austria y de Alemania, para mantener el «statu quo» mediterráneo y marroquí, negociación importantísima, muchos años secreta y ya del todo esclarecida, de la que no es posible dudar que se llevase a efecto con la aprobación y consejo de Sagasta, presidente del Consejo de ministros.

La última insurrección cubana surgió bajo el mando de Sagasta. Público y notorio se hizo desde los primeros momentos el aliento que recibió de los Estados Unidos. Sagasta sólo tuvo tiempo para enviar los primeros refuerzos militares, sucediéndole Cánovas, sobre quien pesó, como boca de plomo, la acción diplomática que desarrolló el ministro de Estado duque de Tetuán.

Dice el conde de Romanones en su libro «Las responsabilidades del antiguo

régimen» que la política de Cánovas, en sus relaciones con los Estados Unidos, consistía en evitar a todo trance un rompimiento, cediendo en todos los incidentes, pero mostrándose inflexible en reconocer a Norteamérica intervención alguna en el ejercicio de nuestras facultades soberanas sobre Cuba. Así fué, ciertamente, y tal política le llevó a rechazar los ofrecimientos de la famosa nota de Mr. Olney (de 4 de abril de 1896), único o, por lo menos, último instante en que fué factible un decoroso acuerdo. El vil asesinato de Cánovas llevó otra vez al Poder a Sagasta, en cuyas manos, dice el conde de Romanones, estalló el inevitable conflicto.

No había opción para actuar. Los Estados Unidos, conscientes de su fuerza y seguros de que ninguna potencia, ni de Europa ni de América, se había de interponer en su camino, estimaron llegado el momento de realizar lo que desde 1823 venían anunciando más o menos públicamente respecto a la expulsión de España de la Isla de Cuba y al acrecentamiento en ella de la decisiva influencia yanqui.

En 1848, Mr. Buchanan propuso la compra de la isla; en 1852, Mr. Everett, secretario de Estado, rompió el preparado Tratado tripartito para garantizar a España la perpetua soberanía sobre la isla, porque dijo, y publicado está, «que Cuba, en circunstancias dadas, llegaría a ser necesaria para los Estados Unidos». Es más: añadió que la anexión de Cuba a los Estados Unidos sería una medida peligrosa, «excepto en el caso de una guerra justa con España». Se trataba, pues, por los Estados Unidos, de buscar y provocar esa «guerra justa», y para semejante finalidad no podía ser más admirable la situación heredada por Sagasta. Pero todavía vinieron a facilitarlos los dos sucesos semimisteriosos, aún no suficientemente aclarados, de la carta robada de Dupuy de Some y de la explosión del «Maine». ¿Cabe en tales circunstancias abrumar, en justicia, la memoria de Sagasta con las responsabilidades de la guerra y con las condiciones de la paz pactada en París? Sagasta, que no pudo evitar la catástrofe y con ella la pérdida del Imperio colonial, trató y consiguió reducir sus dolorosas consecuencias, manteniendo en España el orden y la Monarquía a costa de no pequeños y personales sacrificios. Bien merece por tan eminente servicio la gratitud de los buenos patriotas y el reconocimiento de los verdaderos monárquicos.

Todavía no dió por terminada Sagasta su labor internacional, y pocos años más tarde, reverdecido sus juveniles ensueños africanos, impulsado por León y Castillo, embajador de París, y servido por el ministro de Estado, duque de Almodóvar del Río, patrocinó la famosa negociación de reparto de zonas de influencia en Marruecos entre España y Francia, que se concretó en el proyecto de Tratado de 1902, que no llegó a firmarse. Abarcaba la zona española gran parte del territorio marroquí, de antiguo sometido y habituado a la autoridad del Majzen, incluso la populosa Fez, capital del Imperio y gran centro de industria, de consumo y de cultura islámica. El partido conservador, dirigido por Silvela, no aprobó el Tratado, por temores de disgustar a Inglaterra. Precisa decir que Sagasta había cuidado de prevenir a Silvela del curso de la negociación, quien la había aprobado y aplaudido, arrepiéntendose a última hora. El resultado fué que la zona que se nos reconoció más tarde (en 1904) resultó mucho más pequeña, y, lo que es más grave, que de ella desapareció la parte mejor, más llana, cultivable y sometida, quedando reducida a los riscos bravíos e inhospitales del Rif donde llevamos quince años de lucha ingrata, sangrienta y costosísima.

Con la negociación diplomática del proyecto de Tratado de 1902 dió fin a su actividad internacional Sagasta. Los achaques y los disgustos que procura la política, más que la edad, extinguieron en enero de 1905 la vida de Sagasta.

Juzgada en conjunto su obra internacional, precisa repetir que no le acompañó la fortuna, que tampoco sonrió a ninguno de nuestros modernos gobernantes, si bien puso de su parte cuanto de él dependía para el logro del éxito y del engrandecimiento de España. No era posible que Sagasta, en los relativamente cortos períodos que gobernó, la mayoría en épocas muy agitadas, pudiese destruir el principio del aislamiento internacional en que asentó Cánovas la Restauración. Mandaron siempre las circunstancias sobre la voluntad de los hombres políticos y faltó para hacer una acertada política exterior ideales nacionales, opinión pública y continuidad de acción. Así y todo, Sagasta aprovechó las pocas oportunidades que se le presentaron en el orden internacional para hacer oír la voz de España y procurar su bien. No hay nadie que al estudiar imparcialmente la personalidad de Sagasta, en sus múltiples aspectos, incluso en el exterior, deje de admirar y de reconocerle las más altas dotes de inteligencia, probidad, espíritu liberal y patriotismo.

SOCIEDAD
Unión Alcohólica Española
Calle del Prado, núm. 20.—MADRID
Grandes Destilerías de Alcohol en Zaragoza, Atarfe, Lieres, Madrid y Rentería.



Caricatura de Ortega (1865).

Sagasta y el Ejército

Por VALERIANO WEYLER

Bien merecía el centenario del natalicio de Sagasta que se pudiese conmemorar con aquella libertad a la que siempre rindió culto, por la que tanto luchó y por la que estuvo en trance de muerte; pero las circunstancias sólo consienten unas cuantas líneas, compendio del tributo de mi admiración y del recuerdo de nuestra amistad.

Hace ya muchos años que, al ser elegido senador por Canarias, sin filiación política, vine a Madrid, y entonces cultivé por vez primera su trato, tan llano, tan sencillo y tan afable, que era proverbial la honda simpatía que despertaba y la poderosa atracción que ejercía. Poco tiempo después, de acuerdo con el general Martínez Campos, me designó para el cargo de gobernador general de Filipinas, que no pretendí, ni menos solicité, a pesar de ser muchos los que aspiraban a desempeñarlo.

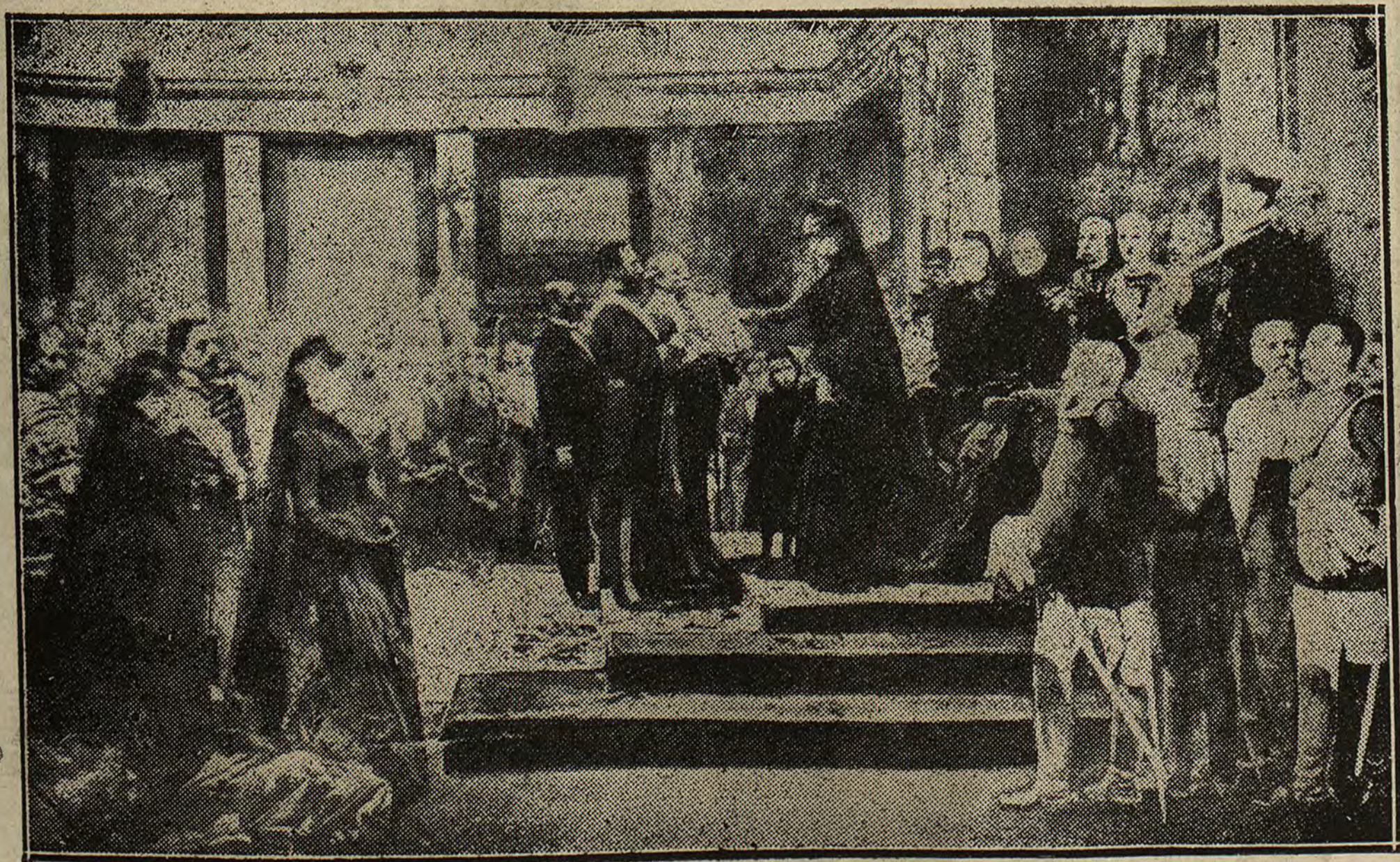
Más adelante, presidiendo también un Gobierno del que formaba parte el general López Domínguez, como ministro de la Guerra, se suscitó una situación difícil y delicada en el territorio del sexto Cuerpo de Ejército, entonces creado, confiándome su mando, anejo a la Capitanía general de Burgos, Navarra y Vascongadas. Tuve la fortuna de normalizar la situación en plazo perentorio; pero a los pocos meses, en Barcelona, tenía lugar el atentado contra el general Martínez Campos, y en seguida estallaron dos bombas en el teatro del Liceo, y a Cataluña me envió Sagasta, reiterándome una confianza, a la que creo correspondí, pues nunca ha gozado aquella hermosa región el sosiego de los años que duró mi mando, interrumpido al conferirme Cánovas del Castillo el cargo de general en jefe del Ejército de Cuba.

Cuando una mano alevé privó de la vida en Santa Agueda al gran estadista, dímiti aquel mando ante el Gobierno de Sagasta, que le sucedió, y nada debo decir de aquellos acontecimientos consecutivos a mi relevo, tan dolorosos, notorios y recientes, que constituyeron, sin duda, el más amargo período de su vida.

Vuelto otra vez al Poder, colaboré en su Gobierno desde la cartera de Guerra, y por lo que al Ejército atañe, debo decir, en honor de Sagasta, que nunca escatimé cuantos recursos fueron necesarios, y que su anhelo era que contara con todos los elementos precisos para cumplir su sagrada misión. Desde entonces estuve políticamente a su lado hasta su muerte.

Era también presidente del Consejo de ministros cuando se celebró la coronación de S. M. el Rey, finalizando la Regencia de doña María Cristina, que, con el jefe ilustre del partido liberal, consiguió el señalado triunfo de que la Monarquía mereciera, no sólo el respeto de sus enemigos, sino de que hombres, eminentes algunos, que formaban en las filas republicanas, la acataran, reconocieran y prestaran su concurso.

Y si tanto combatí en su juventud y tanto trabajé en su madurez para implantar las reformas democráticas, justo es que para nosotros sea imperecedero su recuerdo.



El juramento de la Reina Regente

Acto continuo, el Sr. Presidente y los dos señores secretarios de las Cortes más antiguos se acercaron al Trono y el señor Presidente dijo:

«Señora: Dignese V. M. reiterar ante las Cortes el juramento que ante el Consejo de Ministros ha prestado ya, con arreglo al artículo 69 de la Constitución.»

Dicho esto, el Sr. Presidente se colocó a la derecha de S. M. y los señores secretarios enfrente, y teniendo abierto el señor Presidente el libro de los Evangelios, se levantó S. M., y poniendo la mano derecha sobre él, con voz clara e inteligible, dijo:

«Juro por Dios y por los Santos Evangelios ser fiel al Heredero de la Corona, constituido en la menor edad, y guardar la Constitución y las Leyes. Así Dios me ayude y sea en mi defensa, y si no, me lo demande.»

(Legislatura de 1825.—Sesión regia celebrada el día 30 de diciembre de 1825. Página 33.)

El mausoleo de Sagasta

La ceremonia de la entrega al Real Patrimonio, verificada el 29 de julio de 1904, la describió el periódico «El Correo» en su número de esa misma fecha, en la forma siguiente:

«A las seis de la tarde de hoy, en el panteón de hombres ilustres de la Basílica de Atocha, se ha verificado la inauguración del magnífico mausoleo erigido por suscripción nacional a la memoria del señor Sagasta y su entrega a la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio.

A la hora en punto, y congregado todo el público en torno de la tumba del que fué jefe ilustre del partido liberal, que, como es sabido, se halla enfrente de general Prim, el cardenal Sancho y el obispo de Sión, rezaron rezos, que los circunstantes escucharon descubiertos.

Inmediatamente el señor Villanueva, en nombre de la Junta del Mausoleo, hizo entrega del monumento al señor marqués de Borja, leyendo el hermoso discurso que a continuación publicamos, y que fué acogido con marcada aprobación,



desfilando a continuación los asistentes al acto.»

Discurso del señor Villanueva.

«Testigos sois de que la Junta nombrada para honrar la memoria del señor Sagasta cumple el deber de entregar al Real Patrimonio el mausoleo que los liberales españoles, cambiando el «harem» por el «hemos hecho», como es de rigor en los actuales tiempos, han erigido a su inolvidable jefe. Sus restos mortales hallan eterno reposo en este sagrado lugar, al que llegaron sin que él lo ambicionara, porque, si bien es cierto que en los días en que con mayor riesgo de su vida y con los más dolorosos sacrificios luchaba por la libertad, pidió un asiento en el Parlamento para servir a su patria, no lo es menos que jamás pensó, como el héroe inglés, en que tendría en otra Westminster su tumba.

Un designio misterioso, revelador de la justicia eterna, le trae aquí para que, al recoger y guardar sus cenizas Su Majestad el Rey don Alfonso XIII, ofrezca la última morada al hombre ilustre que le recibió al nacer, que con lealtad y acierto, jamás superados, ayudó a su augusta madre, la Reina Regente, y que

le acompañó hasta el momento en que ocupara el Trono de San Fernando, y para que de esta suerte sea el Rey, a quien tanto amó, el depositario de los recuerdos más sagrados y de las patrióticas esperanzas de los liberales españoles.

Todo lo mereció el hombre cuyo recuerdo nos congrega hoy en este recinto. Las ofrendas del pueblo, singularmente hermosas por la espontaneidad que han revestido, le dan ahora un mausoleo para sus restos y, en breve, un monumento para su nombre, por tantos modos esclarecido. Digna de él es la obra realizada; el cincel de uno de nuestros más geniales artistas la ha labrado, hallando en la inspiración y en el cariño las formas de la inmortalidad ganada con los hechos que evocan esas fechas y alegorías.

Todas juntas son la historia de medio siglo, la síntesis de la transformación de la patria, y cualquiera de ellas justifica el que tantas veces nos dijera: «No se da cuenta España del bien que posee con la libertad de que hoy disfruta y a

zo derecho sostiene una espada, a cuya magnífica empuñadura sirven de adorno los atributos de la Justicia, ceñidos de palmas y laureles. A los lados de la cabecera del túmulo están esculpidos los escudos de Logroño y de España, y de uno a otro, ocupando la extensión de ambos largueros, se ven las principales fechas de la vida de Sagasta; en el de la izquierda, 1854, que recuerda su primera campaña parlamentaria, y 1868, el triunfo de la Revolución, a que contribuyó; en el de la derecha, 1886, cuando, siendo jefe del Gobierno, nació el Rey, y 1902, en que, ejerciendo el mismo cargo, llegó a la mayor edad, cifras todas entrelazadas por laurel, roble y flores de lis, triple símbolo de la gloria, del valor cívico y de la dinastía, ocupando los centros del relieve la segur de los antiguos lictores romanos y la cadena rota, emblemas de la autoridad popular y de la servidumbre vencida.

Las figuras del muerto y del que vela su eterno sueño son de vigoroso realismo; pero con distinto sentido; la primera, marcadamente naturalista, en la



Caricatura de Perea (1871).

Sagasta y la libertad

Por AUGUSTO BARCIA

«In memoriam».

Cuando se intentó conmemorar el centenario del natalicio de don Práxedes Mateo Sagasta, algunos espíritus fuertes, rectilíneos, purísimos, que ahora lucen con todo esplendor los impulsos radicales de su espíritu, abrasados en el fuego de un revolucionarismo fulminante, se opusieron a la celebración de la fiesta y combatieron, por pecaminoso y vitando, por casi delictivo, el homenaje intentado. Sus razones tendrán para observar un tan extraño proceder. Algún día las conoceremos y entonces podremos juzgarlas.

Los que de otro modo sentimos y de manera muy diferente pensamos, contraeríamos las responsabilidades de un silencio cobarde si no expresásemos con leal nitidez nuestro pensamiento.

Con sólo hacer una exposición detallada de la labor de las Cortes largas, la gran obra de Sagasta, la más fructuosa y estimable del liberalismo oficial, desde que en España existe régimen constitucional, surgiría el acto de justicia y quedarían consagrados los méritos del gran hombre público. Y con dichos y con hechos de don Emilio Castelar, en aquellos días, daríamos plena probanza del error y del prejuicio de los que olvidan las virtudes de Sagasta.

¿Para qué escribir mucho rememorando cosas tan sabidas y que ahora se callan deliberadamente? De Sagasta podemos asegurar que fué hombre de convicciones, tan arraigadas, que en defensa de ellas se jugó gallardamente la vida. Condenado a muerte, vivió horas duras, de angustia y de penuria en el destierro.

Después, durante treinta años, fué árbitro de los destinos del país. Vivió modestamente. Fué austero y murió pobre. En menos palabras no se pueden decir de un hombre cosas mejores ni más bellas.

Mientras no sepamos o queramos imitar a Sagasta, dejemos que los centenarios conmemorativos se dediquen a enaltecer el recuerdo de Felipe II y Fernando VII, si nos queda tiempo después de rematar la obra salvadora, patriótica, admirable de «Reparación» al Sagrado Corazón. Hoy es lo que procede.

Si algo se pudiera añadir que más aureolase su grandeza, ese algo está en el amor profundo, sincero, que siempre mostró por la libertad, la santa libertad, de la que hizo culto e ideal. El hombre de Gobierno no siempre pudo ajustar sus actos a sus ideales; pero en todo trance difícil, en todo momento crítico, Sagasta puso de relieve aquel su ideal supremo de hacer de su país un pueblo culto y progresivo, dentro de las normas liberales. Quizás la mayor amargura de aquel ilustre hombre, de preclara inteligencia, al morir, fué la duda espiritual de que su herencia romántica, de puros ideales liberales, quedase sin un verdadero continuador.

verdadera acepción de la palabra, copia sincera de un cuerpo sin vida; la segunda, aunque eminentemente real, adquiere cierto carácter típico, con el cual asume la representación de una colectividad; aquel hombre es toda una clase social, la de los que han luchado para conquistar la espada que simboliza la plenitud del derecho despertado y puesto en sus manos por la noble inteligencia de los pensadores y los tribunos de la democracia.

La Historia contempla impasible la figura del muerto y la del que no puede morir. Ni en su hermoso cuerpo desnudo, que por la corrección de la forma adquiere carácter ideal, ni en su faz tranquila, se descubre un rasgo que revele el secreto de su espíritu; es, por su aspecto, ser humano; pero en su continente y rostro hay algo de deidad soberana, que ve pasar ante sus ojos los hechos de los mortales, y que serenamente, sin compadecer miserias ni entusiasmarse con grandezas, escribe en aquel libro misterioso que acaban de cerrar sus manos y que abrirán las edades futuras, cuando los hombres puedan y sepan leerlo sin pasión.»

tan caro precio conquistada. Y al abogar esta idea, refiriendo algún episodio que reflejaba cómo encontró a España, sin pensarlo ni quererlo, dejaba ver las amarguras que sufrió, luchando a la vez por la vida y por la libertad, hasta que pudo consagrarse a la patria de una manera absoluta.

Lo hizo un día; todo lo olvidó por ella, y en su servicio llegó hasta donde suben los primeros. Y si grande y digno de la historia fué por sus servicios, lo es más todavía por su bondad, su honradez y su modestia, cualidades medianas que los sentimientos del hombre y los hechos del gobernante vivieron en preciosa armonía, generadora de la obra de paz y de progreso que le caracterizará ante las generaciones venideras.

Cuando anciano y ya herido de muerte, apenas un mes antes de abandonarnos para siempre, consagraba los últimos alientos de su serena e incomparable energía a su patria, aún soñaba con dejarla siendo el país más libre de la tierra. (Todavía pienso hacer más, decía, si Dios me da algún tiempo de vida...); completaré mi obra, que consiste en poder anunciar al mundo que la Monarquía española es la Monarquía más liberal y más democrática de Europa. No lo pensó en vano, porque si él murió, su recuerdo y sus ideas viven en nosotros, y aquí, solemnemente, ante esta tumba, renovamos hoy la promesa de proseguir la obra de Sagasta, luchando por la patria, por la libertad y por la Monarquía.»

El monumento.

He aquí cómo describe el insigne escritor don Jacinto Octavio Picón el mausoleo, obra, como se sabe, de don Mariano Benlliure:

«Es todo el monumento de mármol blanco de Seravetza (Carrara), sin combinación alguna de metal ni piedra de otra clase; mármol verdaderamente nívoso cuando recién labrado, que luego con el tiempo va tomando ese tono dulce y tranquilo, casi dorado, con que parece agradecer las caricias de la luz. Tiene la planta 5,50 metros de largo por 3,56 de ancho; es su altura de 2,40, y son las figuras que lo componen de tamaño un poco mayor que el natural. Está la base formada por tres gradas, más alta la del centro que las otras, y rebajada por una curva desde su centro hasta la parte anterior, las cuales sustentan un sencillo túmulo cuadrilongo, donde descansa la estatua yacente de Sagasta. A la cabecera del túmulo, desnuda como la diosa Verdad, está sentada la Historia, apoyadas las manos en el libro recién cerrado, donde acaba de escribir, y vuelto el hermoso rostro para mirar al muerto. A los pies de éste, dando la espalda al túmulo y sentado en una de las gradas, se ve un obrero que, en actitud pensativa, apoya la barba sobre la palma de la mano izquierda, mientras con el bra-



Consejo del Gobierno provisional

El Gobierno provisional reunió a los hombres de más prestigio de la política española. En esta fotografía de la época, que ofrecemos al lector, figuran aquellas personalidades, ilustres por tantos conceptos, que se llamaron Serrano, Prim, Ruiz Zorrilla, Ayala, Sagasta, Topete, Romero Ortiz, Figuerola y Alvarez Lorenzana, en ocasión en que celebran su primer Consejo de ministros.

En aquel Gabinete, los hombres de ideas más liberales, los más genuinos patriotas, concertáronse para salvar a España. El interés supremo de la nación se impuso a todos, y pensando no más que en las necesidades supremas del país, olvidáronse de sus particulares credos políticos para servir a la conveniencia nacional.

Emociona ver reunidos en esta fotografía a ese puñado de hombres, que pasaron por derecho propio a ocupar un sitio preferente en la Historia de España.



Juramento de Don Alfonso XIII

Acto continuo, el Sr. Presidente, señor marqués de la Vega de Armijo, y los señores duque de Bivona y conde de Toreno como secretarios más antiguos, se acercaron al Trono, y el Sr. Presidente dijo estas palabras:

«Señor: Las Cortes convocadas por vuestra Augusta Madre, están reunidas para recibir de V. M. el juramento que, con arreglo al artículo 45 de la Constitución del Estado, viene a prestar, de guardar la Constitución y las Leyes.»

Dichas estas palabras, el Sr. Presidente, se colocó a la derecha de S. M. el Rey, con el libro de los Evangelios en las manos y abierto; y los secretarios enfrente con la fórmula del juramento. Se levantó S. M. el Rey, y poniendo la mano derecha sobre los Evangelios hizo por sí mismo el siguiente juramento:

«Juro por Dios, sobre los Santos Evangelios, guardar la Constitución y las Leyes. Si así lo hiciera, Dios me lo premie, y sino, me lo demande.»

(Legislatura de 1902.—Sesión regia celebrada el 17 de mayo de 1902. Página 793.)

Sagasta, periodista

Por TIRSO RODRIGÁNEZ

No es fácil, sino habiendo vivido el periodismo de ayer y el de hoy, comprender la inmensa diferencia que existe entre uno y otro. En realidad, aquellos periódicos, me refiero a los políticos principalmente, eran tribunas de la palabra escrita, donde se atacaba con denuedo y se defendía con vigor lo que se combatía o se ensalzaba, y quien escribía en un periódico, no se trasladaba al de enfrente sin mengua de su propio prestigio.

Se trabajaba por menos de la congrua y de balde, sin que negue que no pocos esperaban el día de la recompensa en la generosidad del correligionario y la más espléndida y frecuente del triunfo del partido.

El periodismo no era todavía ni oficio ni profesión, ni el periódico empresa, sino arma o herramienta para destruir, edificar o conservar, según los casos.

Los trabajos de esta índole que alcanzan popularidad grandísima o extraordinario relieve se leen hoy con el único deleite de addivinar lo pasado; como el juicio o la pasión redactaban, y a veces se comprende difícilmente cómo hombres a los cuales tratamos después, pudieron ser autores de tales escritos, porque no podemos reeditar por completo el escenario en el cual se produjeron el artículo y sus efectos.

La literatura política habrá ganado o perdido con estas variantes que señalo; pero casi ha desaparecido la manera de elaborar aquellos documentos gloriosos, manifestos de los partidos, discursos de la Corona y preámbulos de proyectos de ley, etc., en cuya redacción y estilo, algunas veces, se advertía a sus autores, hombres preclaros, figuras de primer orden en la historia literaria de España, aunque en los partidos y los Gobiernos no alcanzaran lugar tan eminente, ni ellos a título de intelectuales se quejaban de lo que ahora se llama injusta postergación.

Y no lo era ciertamente; porque esa literatura brillante, esplendorosa, cuyo estilo pertenecía íntegro y por completo a los más famosos literatos españoles, por la ocasión estaba valorada por las ideas, los procedimientos, la resolución de llevarlos a la práctica y la confianza que inspiraban sus firmantes.

Conozco trabajos de esta clase de Núñez de Arce, más celebrados como poeta, siendo un prosista político de tan altos vuelos, que bien pueden resistir la comparación las dos clases de escritos. Otros de Pérez Galdós, no sospechados por la generación actual, y podría citar otros nombres y ejemplos en demostración de que muchos de los más famosos escritores de la mitad del siglo XIX y principio del actual escribieron documentos políticos tan celebrados como olvidado el nombre de quien los redactó.

Bien es verdad que entonces, más que ahora, por fortuna, la bohemia andaba muy

amorosa con la literatura, y eso puede explicar un fenómeno que en política aparece con más relieve que en otros órdenes de la vida, y es que la confianza, la estimación y el mando no caminan al mismo paso del saber, de la galanura y del talento mismo, porque en muchas ocasiones la rapidez de juicio, el desprendimiento, el patriotismo y la entereza tienen un valor positivo en los múltiples problemas de la vida, y especialmente en los de Gobierno.

El periodista de entonces no vivía del periodismo, como dejó dicho. O eran literatos que ejercitaban sus peregrinas disposiciones en la hoja impresa, lugar de permanente entrenamiento, o eran políticos que se ponían al servicio de la causa que defendían, casi siempre una sola.

No se acostumbraba, como ahora, a prohibir la reproducción de escritos periodísticos, porque la mayor satisfacción del escritor estaba en que sus trabajos pasaran de mano en mano y de un periódico a otros, para facilitar la difusión de las ideas.

Sagasta fué periodista, para propagarlas, y cuando creyó que esas ideas no prevalecerían frente a los «obstáculos tradicionales», organizar, dirigir y hacer la revolución de septiembre de 1868.

Número uno de su promoción en la carrera más difícil de aquella época, solicitado al salir de la Escuela de Caminos para sus Empresas de Italia, oferta tentadora que aquel rechazó para ser útil a España; de un temperamento artístico que ocultó cuidadosamente en alguna de sus manifestaciones, a fin de no disminuir aptitudes que estimaba primordiales; de pensamiento rápido, enérgico, educado, heroico sin alardes, apasionado por la música y el teatro clásico, estaba preparado para brillar en el periodismo como brilló en el Parlamento y en la gobernación de España.

Su misma actividad le llevó al periodismo cuando fué preciso y le arrancó del periodismo una vez logrado lo que se había propuesto. Sagasta periodista sintetiza los anhelos de España encarnados en un mal comprendido partido, el progresista, conñado primero, receloso con razón después, y resuelto más tarde; que defendió con la libertad conquistada en la primera guerra civil el Trono de la Reina Isabel; que pacificó cándido frente a los desleales y que terminó derrocando a la misma Reina, cuando una serie no interrumpida de sucesos evidenciaron que las victorias de los campos de batalla valían menos que las conquistas de la reacción en las cámaras y en otros lugares santos en apariencia.

La labor fué larga y dura. Los grandes entusiasmos del partido progresista (tanto mayores cuanto mayor fuese su «supuesta incultura») por la libertad y el Trono de doña Isabel, hacían difícil la unidad y disciplina, una vez demostrada la incompatibilidad de aquellos ideales. La elección del ideal puro frente a los intereses encarnados en una dama que por lo que había representado y por su generosidad proverbial y el fondo bondadoso de sus sentimientos conservaba, a pesar de todo, respetuosos cariños entre los que fueron sus más decididos partidarios, tropezaba con sentimientos arraigados.

Esa es la explicación de las tentativas y conferencias con la Reina de los antiguos primates progresistas, Cortina, Madoc, etcétera; de los difíciles trabajos para que no estallara el rompimiento, siempre latente, entre Espartero y Olózaga, y el tránsito de la jefatura militar del duque de la Victoria al conde de Reus, del avance del partido hacia el retraimiento, primero, a la revolución, seguidamente.

Sagasta aparece en este período corto y azaroso poniendo al servicio de sus ideales su extraordinario talento por medio del periódico «La Iberia», que dirigía por muerte de su malogrado y entrañable amigo Calvo Asensio, y por designación unánime de sus correligionarios.

Retraído el partido progresista, sólo quedaba como arma de combate el periódico (el derecho de reunión cercenado, fué en parte causa del retraimiento); Sagasta escribía y dirigía el periódico con tal acierto y fortuna, que le pudo hacer vivir con espléndida holgura a pesar de las innumerables persecuciones sufridas. El artículo fogoso le pertenecía; el suelto insistente hacia las delicias de los lectores; el espacio en blanco; la copia de escritos sin relación, al parecer, con los sucesos políticos, tenían un significado que no se puede apreciar por su mera lectura. Para comprenderlos es preciso recoger referencias de aquellos contemporáneos, y por ellos se sabe con qué ansiedad se esperaba la aparición de «La Iberia», cómo sus ejemplares corrían de mano en mano; los que aprendieron a leer para saborear aquellos escritos; los personajes que a escondidas recibían el periódico, y aún vive, y ojalá viva muchos años, quien, de elevado nacimiento, en el extranjero, aprendió a leer el castellano en las columnas del popular periódico.

No era Sagasta, con haber nacido para dirigir y gobernar, quien al frente del periódico se desentendiera de la labor diaria.

En este momento, y siendo cada vez más nutrido el fuego, y penetrando cascos de granada en algunas habitaciones del Congreso; entró una en el salón de sesiones, que cayó en el tercer banco detrás del de los ministros junto al Sr. Sagasta, y cayeron sobre la mesa donde estaba sentado a la derecha el Sr. Secretario, González de la Vega, los gruesos cristales de la ventana por donde el casco de granada había entrado. El casco y los cristales fueron recogidos y el Sr. Sagasta pidió que el hecho constase en el acta.

En seguida se cubrió el Sr. Vicepresidente Portilla e invitó a que lo hicieran los Sres. Diputados, permaneciendo todos en sus puestos y continuando el fuego, que duró una hora y veinticinco minutos.

Varios Sres. Diputados: Continuaremos en nuestros escaños con la misma serenidad que hasta aquí.

El Sr. Sagasta: Es nuestro deber.

El Sr. González de la Vega: Aquí moriremos en nuestros puestos.

(Cortes constituyentes de 1854.—Sesiones de 14 y 15 de julio de 1856. Página 14.983.)

de escribir, y por ello eran suyos los artículos de empeño, aquellos en los cuales había que dar nota aguda, los que definían actitudes, y los más difíciles, aunque menos brillantes, por medio de los cuales se evitaba el rompimiento entre los antiguos prohombres pertenecientes al antiguo progresismo.

Para apreciar esta labor, en gran parte de acción y no poca de periodista habilísimo, es necesario que no se olvide que «La Iberia» fué el órgano de la juventud progresista, que los antiguos ministros del partido, por sentimientos respetables, a los que he hecho referencia, veían con recelo una campaña cuyo final adivinaban, recordando con dolor y resignación cómo se apreciaban sus servicios al Trono; las antiguas luchas de Espartero y Olózaga, a punto de reverter (aumentadas), después del banquete de los Campos Eliseos, y aplacadas por el hábil y oportuno artículo de Sagasta y los dos manifestos de cuya redacción fué encargado, decretando el retraimiento del partido y su apartamiento del Trono.

El período comprendido desde la visita al invicto duque de la Victoria, en la que Prim, Sagasta, Calvo Asensio y Abascal le dieron cuenta de los temores y propósitos del partido en caso de convertirse aquellos en realidades; el banquete de los Campos Eliseos; el retraimiento y la muerte de Calvo Asensio, señalan el comienzo activismo en la vida periodística de Sagasta, antes comenzada, porque son hechos conocidos, que contribuyeron a la creación de «La Iberia», destacando en seguida su personalidad en artículos resonantes en 1857; en algunos de los que ya he hecho mención y otros que andan catalogados y, por tanto, fáciles de encontrar; pero doy más importancia a la obra de conjunto, jalonada por aquellos cuatro acontecimientos, y el 22 de junio de 1866, que cierra el período glorioso, resonante, de «Sagasta, periodista».

Era costumbre que los periódicos de la época publicaran Almanques ilustrados con trabajos que les enviaban personas que les eran adictas, y no podía faltar ni el Almanaque de «La Iberia», ni en él los trabajos de Sagasta. En aquellos pueden encontrarse artículos de Sagasta dignos de todo elogio, pues es sabido que Sagasta, por su galanura y gracia; era un maestro relatando sucesos y cuentos. Los cuentos de Sagasta en el Parlamento quedarán como modelo de donaire y de aplicación a la tesis que pretendía sostener.

No son los que escribí de tan relevante mérito como los hablados, porque les faltaban las inflexiones de voz, magistralmente manejada, y el accionar, elegante, enérgico y persuasivo, que tanto realizaban sus discursos, y si los cito es porque, siendo muy dignos de elogio, sirven para que se reconozca que quien así redactaba, era un escritor, honra del periodismo español.

Sería pueril no confesar que los éxitos de «La Iberia» se deben a sus valientes campañas políticas, más que a los méritos literarios; pero sería igualmente injusto no recordar (y rindo un tributo de respeto y en parte de amistad) que a aquella Redacción pertenecieron Carlos Rubio, coloso del periodismo, tan cuidadoso de lo que escribía, como abandonado de su persona; Llano y Persi, que, huyendo de los defectos externos del compañero atildado en el exterior, era vigoroso y ecuaníme; La Rosa, literato olvidado sin merecerlo; Escalera, tan rápido y ocurrente como poco afortunado en su carrera administrativa, y González Llana (Manuel), compañero de Castelar, pensionado en los estudios de Filosofía y Letras, escritor fácil, que redactaba correctísimamente sin enmendar apenas, y para quien todos los temas de erudición le eran familiares, gracias a lo mucho que estudiaba y a su prodigiosa memoria.

A punto fijo no me atrevería a asegurar que los homenajes literarios, en los que «La Iberia» tomó la iniciativa y parte principal, a Quintana, López de Ayala, Gutiérrez de la Vega, no tenían un alcance político; pero fueron fiestas en honor de la literatura patria, realizadas con gran altura de miras y en cuya ejecución se demostró el buen gusto y la generosidad con que se procedía.

Estos detalles, así como los artículos de Sagasta que por circunstancias especiales y que por excepción no fueron anónimos, como el «Rey de las afueras», «La espada de Luchana» y otros, lo acreditarían como periodista en toda la extensión de la palabra, que hubiera brillado como tal, si el éxito de

su campaña política no hubiese tenido brillo tan esplendoroso que oscureció en parte otros méritos.

Sagasta fué periodista cuando debió serlo, y nada más que el tiempo que fué necesario.

«Mira alrededor», decía el sencillo epitafio del autor del suntuoso edificio donde tan soberbios mausoleos conmemorativos de hombres ilustres se admiran, y eso hay que repetir al juzgar a Sagasta periodista.

Hay que apreciar su obra de conjunto realizada en «La Iberia» en poco más de dos años de batallar; reduciendo sentimientos de hombre llenos de virtud y talento, ministros que fueron de doña Isabel, a la que en un tiempo adoraron con ternura; armonizando antagonismos de hondas raíces, nacidos en el batallar casi salvaje de los comienzos del régimen; la sustitución del caudillo venerado que contaba las victorias por acciones, por el general Prim, indispensable para la revolución; la lucha violenta, de las más duras que alcanzaron las luchas periodísticas, hechas sin cuartel, y al mismo tiempo tan caballerosa, que al año y medio podían convivir y gobernar juntos el acusado y el acusador.

No quedaron agravios.

Mi admirado amigo don Daniel López me pidió, honrándome, que escribiese unas líneas bajo el epígrafe con que éstas van encabezadas.

He vacilado mucho antes de escribirlas, por la distancia inmensa entre el tema y yo; porque, dada la altísima idea que tengo del talento, patriotismo y virtudes que adornaron a Sagasta, no son los tiempos que corren los que permiten rendir públicamente a su memoria, con motivo del centenario de su nacimiento, el homenaje que merece, y en armonía con mi admiración, y porque si hubiese adivinado lo que pasa, en vez de tanto batallar, es posible que, parodiando a la vieja del cuento, escribiera: ¡¡ Viva la Reina!!

Historia clínica de Sagasta

Por el DOCTOR FRANCISCO HUERTAS

Aunque con el temor de no estar a la altura literaria que requiere la honrosa invitación que me hace mi ilustre amigo el señor conde de Romanones para decir algo sobre la última enfermedad del prócer político don Práxedes Mateo Sagasta, expondré de una manera concisa los episodios de más relieve que acaecieron en el curso de su nada breve y penoso proceso patológico.

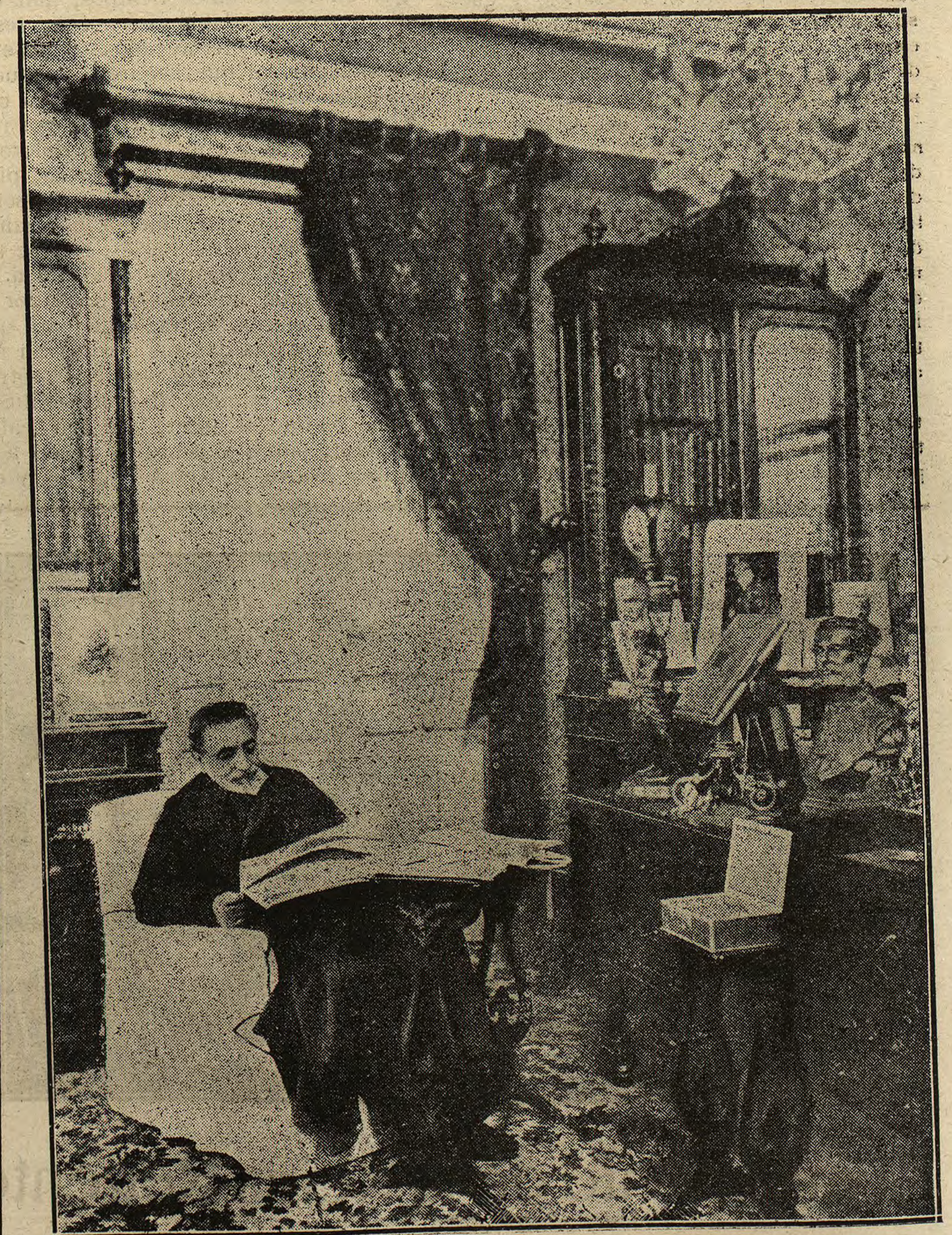
Allá por el año 95 tuve el singular honor de que don Práxedes me designara médico de cabecera después de una consulta con su deudo el señor Escolar y los doctores Cortezo, Candela y Enriquez, quienes, claro está, cooperaron en la asistencia de la grave bronconeumonía que entonces padeció.

Era el ilustre político un hombre de atributos físicos algo excepcionales, y que desde luego eran la expresión genuina del sujeto neuro-arterio. De estatura más bien alta, enjuto, proporcionado, cabeza ligera-

mente dolicocefala, frente ancha y despejada, ojos grandes, expresivos, y aunque los pómulos eran algo prominentes y los labios abultados y rasgados, quizás en demasía, formaban, sin embargo, cierta armonía fisiológica que en conjunto tenía simpática atracción.

En los antecedentes de este enfermo se destacan ya los episodios patológicos, cuyo enlace guarda relación con distintas modalidades, que aunque aisladas y con síndromes diferentes eran corolario obligado de la diatesis o predisposición morbosa.

Así vemos que en diferentes etapas, nuestro enfermo tuvo manifestaciones cutáneas, mucosas, con dispepsia por hiperclorhidria, polipolías frecuentes, y en ocasiones, cólicos hepáticos y colemia habitual, colemia que dio a su fisonomía un matiz casi cetino; tenía gran predisposición a catarros bron-



Sagasta en la biblioteca de su casa

Una de las preocupaciones más constantes de don Práxedes Mateo Sagasta, era la lectura de la Prensa diaria, tanto nacional como extranjera. Su primer cuidado era siempre el de enterarse de los artículos y noticias del día, con lo que estaba siempre al tanto de la palpitación de la vida mundial.

quales—que alguna vez trascendieron a la esfera política—, catarros que por su frecuencia e intensidad acarrearón extenso enfisema, y, como es consiguiente, trastornos del miocardio y de la circulación menor, que retumbaban a su vez en el sistema porta, como asimismo manifestaciones reumáticas de bastante importancia. Era, sin embargo, de tan buen temple orgánico, y eran tan acentuadas las fuerzas radicales de este ilustre gobernante, que en el largo período en que evolucionaron estos episodios patológicos, tuvieron lugar los trances más laboriosos, difíciles y hasta trágicos, pues comenzaron siendo estudiante con las notas más esclarecidas y luego eminente ingeniero, con iniciativas políticas, con promesas ya de ser un reformador de avanzadas ideas; promesas que luego fueron realidad. Combatió con fe de apóstol y con razonados artículos en la Prensa periódica y hasta en las barricadas, el estado reaccionario que imperaba en los últimos Gobiernos del reinado de Isabel II, poniendo a contribución de sus ideales por la libertad no sólo el lisonjero porvenir que su brillante carrera le ofrecía, sino que ofendía también su vida, puesta en trance de muerte por sentencia entonces legal, pero felizmente incumplida, para bien de la Patria.

Estas exaltadas aptitudes y actuaciones es el carácter distintivo de los sujetos neuro-arrítmicos, sujetos en los que, con cierta paradójica ironía, se presentan atributos fisiológicos exuberantes con manifestaciones de tanto relieve individual y social, que caracterizarán a los hombres de más gloriosa significación en la historia de la Humanidad. Estos envidiables atributos, ligeros y torpemente bosquejados, y que de una manera genérica expuse ya en ocasión solemne, encarnaban con justeza en nuestro insigne patriota don Práxedes, al par que revelaban una bondad nunca desmentida, aunque puesta a prueba en muchas ocasiones ante los altos intereses de la Justicia y del Estado.

Pues bien; los azares de su agitada existencia no lograron que se menoscabaran las altas dotes de su inteligencia, que conservó hasta su muerte; pero, en cambio, la predisposición, la inminencia morbosa, eligió como órganos más vulnerables los del aparato circulatorio y respiratorio.

Muchos años vivió, y vivió la vida activa y accidentada que requerían los difíciles períodos por que atravesó siendo presidente del Consejo de ministros, a pesar de su salud precaria; pero la guerra con los Estados Unidos influyó tan poderosamente en ella, que a partir del entonces, y como consecuencia lógica de sus desvelos, inquietudes y temores, como español y como jefe del Gobierno sobre todo, el corazón, cuyo buen funcionamiento nos ayudaba hasta entonces para salir airoso en los distintos brotes de bronconeumonía que con frecuencia ocurrían, dado su estado enfisematoso, empezó a decaer.

Una muy grave padeció el año 99, y con ocasión singularísima de asistir yo también al mismo tiempo al gran tribuno y eximio hombre de Estado don Emilio Castelar, coincidencia que llevó a mi ánimo una inquietud tal, que a buen seguro, y dicho sea de paso, se darán de ella cuenta, aparte de mi amigo Angel Pulido, que cooperaba en la asistencia de don Emilio, los compañeros que en circunstancias tan críticas están encargados de asistir a los prohombres de la política; pero volviendo a nuestro ilustre enfermo, a don Práxedes, diré que a partir de esta fecha se hizo insuficiente a su aparato cardiobascular, y aunque después vivió algunos años, fué merced a su índice de resistencia vital y a expensas de insólitos sufrimientos.

Por último, hacia los últimos días del mes de diciembre se agudizó una vez más el síndrome de este complejo proceso, para poner término a una existencia que si en la historia patria escribió páginas indelebles de excelencia ciudadana, grabó también imperecedero recuerdo de gratitud en mi corazón.

Sagasta juzgado por la Historia

Por FEDERICO SCHWARTZ

El nombre ilustre de Sagasta pertenece a la Historia, y la personalidad que lo llevó cae, por lo tanto, dentro de la esfera de la crítica histórica.

Presenta ésta dos modalidades muy distintas: una, mezquina, propia de cerebros estrechos, de almas pequeñas y de personas de escasa cultura; la otra, noble, grande, elevada, propia de hombres de alto sentir y de alto pensar.

La primera se fija en los hechos superficiales, en los pequeños detalles, en las causas puramente materiales o en otras hijas exclusivamente de la poca capacidad intelectual de los que la ejercen, ya sean individuos, ya sean colectividades o pueblos, y de la torcida interpretación que dan a los acontecimientos.

Esta crítica es la que atribuye la dolencia del niño al hechizo, al mal de ojo de la bruja, que anhela vengar ofensas recibidas; la epidemia, al veneno que echan unos frailes en las aguas de las fuentes. Necesita

sita de un Rodrigo para explicar la rota del Guadalete y la caída del Imperio visigótico; de un Carlos II para achacar la decadencia y ruina de la dinastía de los Austrias y de la nación española en el siglo XVII, y un nombre ilustre de un gobernante cualquiera para culparle de la pérdida colonial de España en el siglo XIX.

La crítica elevada, la propia de los grandes historiadores, estudia las leyes que rigen la vida de los individuos y de las colectividades humanas, de las que son una vez necesario instrumento y otras meras víctimas; y, por lo tanto, en esas leyes, producto del estudio y de la observancia, encuentra la explicación perfecta de las dolencias individuales y de las colectivas, así como la evolución de los pueblos y los cambios de las civilizaciones.

En la ley de herencia, en la aptitud, en la infección, en el contagio, halla los verdaderos motivos de las enfermedades indi-

viduales y epidémicas, y en la evolución natural de los Estados, que nacen, viven, se expansionan y dan lugar a otros nuevos, que llamamos colonias, cuya evolución es la misma de aquéllas, hasta separarse de la metrópoli (ley constantemente observada en la historia de todos los pueblos y de todas las épocas), encuentra la explicación clara, lógica y cierta de su nueva vida.

La Historia, con mayor frialdad y más razonable crítica, verá en Sagasta al estadista conciso y ecuánime, que en su frase «gobernar es transigir» no hizo más que llevar a la práctica la eterna ley de la adaptación que rige a todos los seres vivos, hombres, pueblos e instituciones.

La Constitución del 76 fué sólo una transacción, y gracias a este sistema, que no es otro que el punto medio en política que tanto apasionó a los políticos franceses de principios del siglo XIX, el oportunismo en Economía, el equilibrio y la armonía en otras esferas de la actividad humana progresaron, y se afianzaron todos los valores reales de la vida española, concionando en la gloriosa Exposición Universal de Barcelona en 1888.

Los críticos españoles, particularmente los que en los últimos días, al anunciarse la idea de honrar la memoria del ilustre jefe del partido liberal, Sr. Sagasta, cayendo de lleno en los defectos y en las condiciones de la crítica vulgar—sin duda llevados del interés y de la pasión política por el tiempo relativamente corto en que ocurrieron los acontecimientos objeto de su examen—, fijan su atención en puntos que para nosotros constituyen, por el contrario, verdaderos timbres de gloria.

Insisten unos en el manoseado hecho de la pérdida de las colonias, mientras que otros, si bien reconocen en este ilustre hombre un valor relativo, le culpan de haber desviado la orientación de la política española de los cauces por donde eminentes repúblicas para nosotros dignos de todo respeto, pretendían llevarla para España: un sistema de gobierno del que fué desdichado ensayo la República del 73, acusándole de

Nacimiento de S. M. el Rey don Alfonso XIII.

El Sr. Presidente (Sagasta): Señores diputados electos: Yo no encuentro palabras con que corresponder a las elocuentísimas que acaba de pronunciar el Sr. Presidente de esta Cámara en representación de la misma y de la Nación española, porque nosotros sois la representación de la Nación, como el Presidente es vuestra representación; yo no encuentro palabras con que corresponder a las elocuentísimas que acaba de pronunciar nuestro dignísimo Presidente, ni tampoco las hallo para manifestar, en nombre de la Monarquía, la gratitud de que el Gobierno se encuentra poseído.

¡Espectáculo hermosísimo éste que se presencia hoy de unión entre el pueblo y la Monarquía! ¡Espectáculo magnífico y ocasión grande que se presenta para un pueblo culto y digno de las libertades, cuando se postra ante la Ley, y la Ley está representada en una cuna cubierta todavía por los crespones del luto, e iluminada por los resplandores de la esperanza. (Muy bien, muy bien.) ¡Espectáculo hermosísimo para un pueblo que confunde sus destinos con los de la Monarquía! (Muy bien, muy bien.) Yo, en este momento, en este sitio, en el Santuario de las Leyes, no puedo ni se me ocurre en nombre del Gobierno, sino que la Ley se cumpla, y para que la Ley sea cumplida ¡Viva el Rey! (Los Sres. Diputados: ¡Viva la Reina Regente! Los señores Diputados: ¡Viva!)

(Legislatura de 1886.—Sesión del Congreso de los Diputados, del lunes 17 de mayo de 1886. Página 56.)

naber olvidado sus ideas eminentemente liberales en provecho de la Monarquía. La Historia tendrá a Sagasta por un gran patriota, poniendo sus alicies en el engrandecimiento de nuestra querida Patria y logrando elevar la consideración política de España, hasta el punto de igualarla con la de la potencia más formidable de Europa, que, ante la actitud del pueblo español y de su gobierno, propuso un arbitraje para resolver el conflicto de las Carolinas, y ensalzara igualmente su inmensa abnegación al ofrecerse como víctima propiciatoria, en aras de la Patria, aceptando el Poder en 1898, con pleno conocimiento de su difícil situación, cuando nuestra vida nacional atravesaba uno de sus períodos más críticos.

La Historia reconocerá en él al hombre de gobierno cauto y prudente que supo apartar a su nación de los riesgos que un cambio de régimen podía traer consigo, afianzando la Monarquía y con ella las libertades patrias. En este punto nadie podrá poner en duda que fué uno de sus más leales y decididos defensores en todas ocasiones y en todos sus aspectos, desde los más nimios derechos del individuo hasta aquellos que afectan a su parte más elevada, a su espíritu y a su conciencia, sosteniendo la libre emisión del pensamiento y la libertad de la cátedra.

Los liberales que le seguimos en vida y que continuamos fieles a sus ideas después de su muerte, hemos hecho del nombre de Sagasta el símbolo de nuestras aspiraciones, por resumir en él aquellas nobles y grandes ideas que constituyeron siempre nuestros anhelos, por las cuales trabajamos incesantemente y a las que rendimos un verdadero culto; esas ideas que, cual potentes faros, han iluminado el camino de nuestra vida y que esperamos ver todavía cuando las tinieblas se apoderen de nuestro ser y oscurezcan nuestro cerebro en los últimos momentos de nuestra existencia: PATRIA, MONARQUÍA Y LIBERTAD.

Barcelona y julio 1925.



Reunión política en Santander

En Santander, con ocasión de un momento interesante de la política española, reuniéronse y conversaron sobre planes de actuación los hombres ilustres que figuran en esta fotografía.

Ved en el grabado a Sagasta, a quien rodean Gamazo, Maura, Sánchez Guerra, Araceta, el marqués de Haza, Avilés, León y Llerena.

En aquel intento de conciliación registrado en la ciudad del Cantábrico, Sagasta y Gamazo expusieron claros y paladinamente sus puntos de vista y programa políticos, actuando de segundos de a bordo en la entrevista y negociación los que después, con el transcurso de los años, se convirtieron en jefes del partido conservador y presidentes del Consejo, don Antonio Maura y don José Sánchez Guerra.

Carácter de Sagasta

Por FERNANDO SOLDEVILA

La historia, y sobre todo la historia política de los grandes hombres, estará siempre sin terminar, pues de continuo se descubren y se conocen nuevos rasgos de su carácter y nuevas circunstancias de su vida, que la modifican y cambian, a veces de una manera muy radical.

Desde los históricos tiempos de Roma, de los cuales nos enseñaron que Bruto salvó la libertad de la ciudad del Lacio, asesinando a César, siendo así que éste era el de ideas liberales y progresivas, y Bruto el tradicionalista reaccionario; hasta los modernos tiempos, y personajes que todos hemos conocido, la falsedad del conocimiento del carácter de los hombres públicos es extraordinaria.

El gran don Juan Prim, que fué jefe de un partido radical y democrático, era de lo más aristocrático que puede darse; don Antonio Cánovas del Castillo, reputado como hombre de carácter enérgico e inmovilizable, fué el que, después de haber dicho respecto de la guerra con las Antillas, «antes que ceder sacrificar hasta el último hombre y el último duro», fué el que concedió las primeras disposiciones autonómicas, y en cuyo tiempo España sufrió la humillación de exhumar el cadáver de Sanguily por exigencia de una nación extranjera, para demostrar que había fallecido de muerte natural y no por otras causas; don Francisco Silvela, a quien se le hizo la leyenda de «la daga florentina», en la mayor parte de las veces no quiso en sus frases llegar con la intención hasta donde llegó la palabra, y bien claro se observó esto cuando, al ver el efecto que produjo en Cánovas la famosa frase «soportar», bajó convulso y pálido varias gradas del salón de sesiones, manifestando que él no había querido ofender ni dar a sus palabras el alcance que se les daba; se hizo al marqués de la Vega de Armijo una reputación de mal hablado, y jamás salió de sus labios (aunque se enfadaba mucho) una palabra grosera ni mal sonante; en cambio, se tenía a don Segismundo Moret por el prototipo de la finura, y echaba cada terno y cada tacho que causaba asombro.

Así de Sagasta, al cual, por el contrario, siendo un prototipo de seriedad y de formalidad en palabras y promesas y un ejemplo admirable de virilidad y de energía, le hicieron sus enemigos la leyenda de habilidoso para engañar, para prometer y no cumplir, y la de una debilidad de carácter extraordinaria, pintándole como la idiosincrasia de un árabe, víctima de la pasividad y de la indolencia, y aún varios le combatieron, y en la actualidad denigran su memoria, acusándole de apostasía.

Hace falta estar poseído de un extraordinario espíritu de vanidad para combatir a un hombre que expuso su vida, perdió su modesta fortuna y padeció males sin cuento en varios años de vida azorosa y desdichada (que no necesitaba pasar) para dar a su patria verdaderas libertades, y después dotarla de todas las leyes que ennoblecen, dignifican y engrandecen a los ciudadanos de una nación.

Hace falta, para completar esta obra, estar poseído de una vanidad tan grande que no se pueda dar cuenta de la importancia de su obra, de la claridad que él mismo se dio para que ella interviniere en sus directos y próximos herederos; por eso no podemos consignar aquí muchos hechos referentes a la conducta de Sagasta, con relación a algunos de sus correligionarios, porque no podemos ampararnos en la famosa frase de lady Maebet: «Mátale, no tiene hijos». Aquí podríamos encontrarlos con muchos personajes a quienes no sentaría bien la relación de

una nación. Hace falta, digo, estar dominado por el demonio de la soberbia para censurar a este hombre, porque en determinados momentos de su vida política de gobernante, viendo acaso peligrar los principios de libertad y de justicia, por los cuales tanto había combatido, no siguió los senderos que a determinados señores se le antojó que debía seguir. ¿Y por qué había de seguirlos, si él no luchó por ellos ni los defendió jamás? ¿Y quién les dice a esos señores que así piensan que sean ellos los que engañan razón, y no fuera Sagasta el que acertara, obrando así para sostener lo que tanto le había costado conquistar, mientras que ellos no habían hecho otra cosa que aprovecharse de los bienes morales, materiales y políticos que Sagasta, con sus sacrificios, logró para su patria?

No hay que presumir tanto de profetas y defensores de la libertad y de la patria.

Digamos con Don Quijote: «Llaneza, chico, llaneza, que toda afectación es mala».

En lo que se refiere a la doblez del carácter de Sagasta, de su facilidad en ofrecer y su habilidad para no cumplir, eso acusa un total desconocimiento del carácter del ilustre, verdaderamente ilustre, jefe del partido liberal. Jamás prometió nada ni hizo concebir esperanzas que no estuviera cierto de cumplir; prefería, por el contrario, conceder los favores que en su mano estaban, sin anunciarlos.

Lo que ocurría en este aspecto de la vida de Sagasta era que muchos a los cuales, en lenguaje familiar, podíamos apellidar «sinvergüenzas», se metían en casa del jefe liberal—tan asequible y tan bondadoso—sin que nadie los llamase. Como por cortesía no se les negaba la entrada, seguían cultivando la tertulia, que ellos ya suponían una «viña», y como al llegar, no llegaba para ellos, según suponían y deseaban, el acta, el destino o la sinécure a que aspiraban, aquí de los gemidos y «acrugir de dientes», como dice la Biblia, aquí aquello de exclamar: ¡Sagasta es un infame! ¡Sagasta es un traidor, que me ha engañado! Tanto tiempo a su lado, para luego, al venir al Poder, darme este desengaño!

¿Pero, por qué, amigo, por qué se llama usted a engaño, si nadie le buscó, ni nadie le ofreció nada, y sólo se le recibió por educación y cortesía?

Claro es que la historia no puede hacerse por completo ni escribirse con toda claridad, mientras existan los que en ella interviniere o sus directos y próximos herederos; por eso no podemos consignar aquí muchos hechos referentes a la conducta de Sagasta, con relación a algunos de sus correligionarios, porque no podemos ampararnos en la famosa frase de lady Maebet: «Mátale, no tiene hijos». Aquí podríamos encontrarlos con muchos personajes a quienes no sentaría bien la relación de



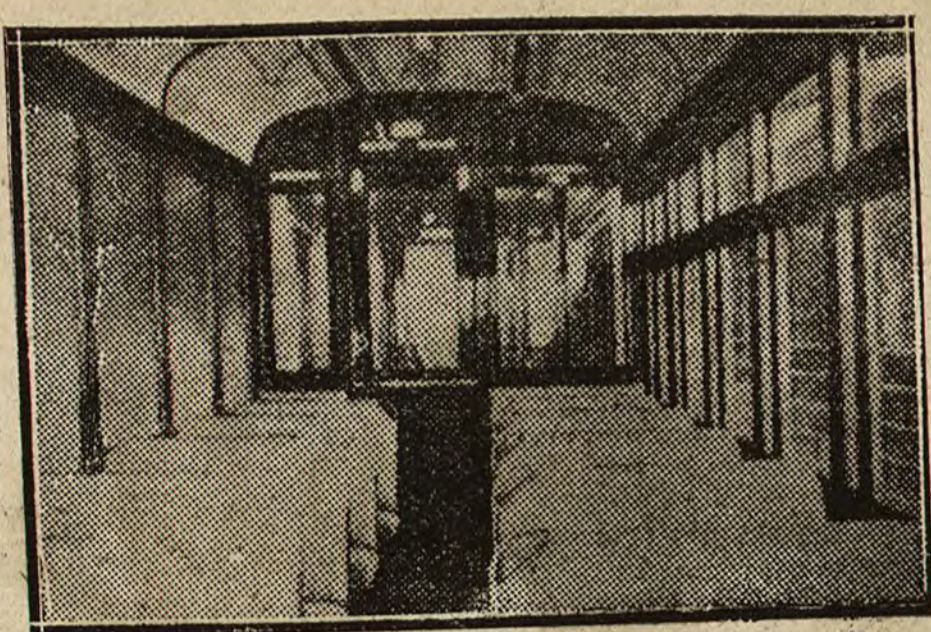
La casa en que nació el señor Sagasta

En Torrecilla de Cameros alzáse aún la casa donde vió la luz primera don Práxedes Mateo Sagasta. Una modesta lápida con esta inscripción:

«En esta casa nació don Práxedes Mateo Sagasta el 21 de julio de 1825. Su pueblo agradecido le dedica este recuerdo testimonial al caminante el glorioso blasón del sencillito caserón solariego».

En la última plana originales del día.

Sociedad Madrileña de Tranvías



Esta Sociedad, que desde hace pocos años se ha convertido en una Empresa netamente española, de la que es director competetísimo don Cayetano Aguado, continúa en sus laudables propósitos de realización de mejoras en beneficio del público.

Comprendiendo que ante la afluencia de éste a sus coches, cada día más creciente, se imponía la necesidad de construir nuevas unidades que aliviaran en parte la enorme circulación y que reunieran, además de los principios de estética, los modernos perfeccionamientos técnicos, sin olvidar la mayor comodidad para los viajeros, encargó cincuenta coches a dos casas españolas, veinticinco a cada una, que han sido puestos en circulación recientemente, y cuyas comodidades pueden apreciarse por el fotograbado que publicamos del interior de uno de ellos.

En estos últimos días ha prolongado el servicio de la línea de Vallecas-Sol-Quevedo hasta Tetuán de las Victorias, y el de Glorieta de Bilbao-Cuatro Caminos, hasta la Dehesa de la Villa.

Merece bien por parte del público esta Empresa que no pierde momento ni ocasión de mejorar y ampliar sus servicios e instalaciones, pensando siempre en el mejor trato del público.

los hechos de aquella época; pero si diremos, repitiendo la famosa divisa, el histórico lema del escudo de armas de Inglaterra: «Honi soit qui mal y pense!»

¡Débil Sagasta! Pues si hubiera sido débil, cuántas veces no le hubieran destituido alguno de aquellos que, apenas hechos ministros, no pensaban más que en arrebatarse la jefatura. Si la mitad del esfuerzo que Sagasta hubo de emplear para sostener mudo el partido, dominando las ambiciones de unos y deshaciendo las intrigas de otros de los prohombres liberales—por otra parte, más enemigos de los otros prohombres que del mismo Sagasta, al cual, aunque por la espalda le censuraban mucho, en su presencia estaban todos con gran respeto, llamándole con toda la dulzura posible «don Práxedes»; si don Práxedes hubiese podido dedicar todos sus esfuerzos al bien del partido, en lugar de esterilizar muchos de ellos en sostenerse, la situación de España habría prosperado mucho más; se hubiera engrandecido de prodigiosa manera. Aun así, aquel magnífico período de las «Cortes largas» del partido liberal es de lo más glorioso de nuestra historia. No he de enumerar yo aquí, pues está ya muy repetido, y otros lo harán mejor, las reformas, los beneficios que de los Gobiernos liberales, presididos por Sagasta, recibió la patria en aquellos años; pero ábrase la historia de España y se verá palpablemente que «desde el glorioso reinado de los Reyes Católicos—si se exceptúa el período de Carlos III, que lo igualó, pero no lo superó—, España no ha tenido una época tan floreciente, tan gloriosa y tan grande en libertades, en ideales, en intereses, en su vida social, en fin, como aquella felicísima época del partido liberal, dirigido por don Práxedes Mateo Sagasta.

¡Que Sagasta era débil! Lo que no era Sagasta era soberbio, vanidoso, vocinglero, sino prudente, modesto, discreto y patriota, pero no en las cuestiones de importancia, suponemos que excepto en una, cuya historia acaso está por hacer, no se hizo en la gobernación del Estado (aun estando él en la oposición) más que lo que él creyó que podía y debía hacerse, ni dejó de llevarse

a cabo aquello que él entendía que era conveniente para la patria.

¡Débil Sagasta! Un día, un general senador, don Luis Dabán, engreído por su posición preeminente como coautor importante de la Restauración, se permitió enviar a los generales una carta de censura para el Gobierno. Antes de pocos días, ese general senador—y algún otro general—estaba en un castillo cumpliendo la sentencia que el Gobierno de «un hombre civil», del débil Sagasta, le había impuesto. Es el único caso, en estas condiciones, que registra la historia.

En otra ocasión—con razón o sin ella, que aquí no se hacen juicios políticos—, la opinión censuraba la conducta seguida por el general Weyler en Cuba, y se deseaba su relevo. Cánovas conocía y compartía esta opinión; pero nadie se atrevía a tocar al caudillo.

«Nadie las mueva—que estar no pueden con Roldán a prueba», que dice el romance.

Y Sagasta pudo. Y levantándose un día en el Congreso pronunció un breve discurso, en el cual dijo solamente aquella frase (no recordamos ahora si de Saavedra Fajardo o de Hurtado de Mendoza): «Con el ruido de las armas no se escuchan las voces de la ley».

La gente se extrañó mucho de la cita, porque no tenían a Sagasta por literato; pero Weyler cayó al poco tiempo. Por cierto que cuando llegó a Madrid, «entre de todos los partidos, los que peor habían hablado de él, bajaron muy obsequiosos a recibirle en la estación, excepto don Práxedes Mateo Sagasta, porque dijo: «Me parece una adulación indigna de él y de mí».

Lo cual no fué obstáculo para que el general Weyler le visitara en su casa, pues eran muy amigos y Sagasta le profesaba gran estimación.

Este era Sagasta. Los que en vida le combatían y algunos de los que ahora le denigran, no le conocían ni le conocen bien. A algunos les parece que aún podría resucitar, y les sucede lo que a Enrique, Rey de Francia, ante el cadáver del duque de Guisa, el «Balafré», que viéndole ya muerto exclamaba todo temeroso y lleno de terror:

«¡Qué grande es! ¡Mira que si resucitara!»

Recuerdos de la vida parlamentaria de Sagasta

Por ANTONIO ESPINA

«Excelentísimo señor conde de Romanones.

Mi querido amigo y jefe: Me pide usted unas líneas para colaborar en el número que el DIARIO UNIVERSAL quiere ofrendar a la memoria de don Práxedes Mateo Sagasta en su centenario. Accedo gustoso a su invitación, porque creo que se dirige usted a mí tal vez como contemporáneo de mi inolvidable amigo el señor Sagasta, y por ser de los pocos que van quedando que vivieron aquellos años de luchas, de peligros y de alegrías que caracterizaron la lucha entre la libertad y la reacción que vivieron aquellos desde el 1823 al 1869, en que, por fin, triunfó la libertad en España.

En estos tiempos que corremos, de apatías, de indiferencias, de egoísmos y de olvido de todo cuanto le debemos a aquel grupo de hombres que arrostraron su vida, su hacienda y su familia a las iras de una reacción que no ha tenido igual en nuestra Península hermana, Italia, por igual época, que vivieron más tiempo en la cárcel, en el presidio y en la emigración que en su casa, que se batieron en el ejército liberal contra las huestes de don Carlos, en las barricadas contra las huestes moderadas y en Alcolea, finalmente, contra el último ejército

que defendió a Isabel II, es justo que se rinda homenaje a ellos, por más que los de hoy atisben algunas deficiencias y alguna decadencia del carácter en hombres ya cansados de luchar y estar desengañados de ver cómo el pueblo español iba perdiendo el pulso, según la frase de don Francisco Silveira.

Voy, pues, para complacerle, a referirme a momentos de la vida de don Práxedes Mateo Sagasta, iniciados entre los veinticinco y treinta años, y que yo daré por terminados en el advenimiento de la libertad en 1868, porque de esa fecha en adelante ya los hombres de la revolución de septiembre serán juzgados por sus contemporáneos.

Corrían los años de 1850 a 1855, en que don Práxedes tenía entre veinticinco y treinta años. Había acabado su carrera de ingeniero de Caminos, Canales y Puertos con el número uno, y destinado a la provincia de Zamora, en cuya culta ciudad arraigó de tal manera por sus condiciones de carácter, su talento y su manera de despertar simpatías siempre, al extremo de que, venciendo en 1854 en las calles de Madrid la revolución llamada del bienio progresista, le envió Zamora a las Cortes Constituyentes abiertas por S. M. doña Isabel II, después de su célebre frase de «las la-

mentables equivocaciones» y cerradas con la metrala que don Leopoldo O'Donnell disparó en el mes de julio de 1856. En estas Cortes, diputado novel, se distinguió de tal manera que figuró como presidente, secretario o vocal en 21 Comisiones, casi todas ellas referentes a asuntos del ministerio de Fomento y muy afines a su carrera. Fué por entonces comandante del batallón de Ingenieros de la Milicia Nacional, batiéndose en la calle, en la plaza de Isabel II, y yendo después al Congreso, presidido por el señor Pastor como el diputado de mayor edad que se encontraba en el recinto de la Cámara, en una sesión revolucionaria, puesto que estaban suspendidas las Cortes y se reunieron los diputados progresistas, demócratas y republicanos para protestar del hecho del desarme de la Milicia Nacional, en una proposición presentada en la siguiente forma: «Pedimos a las Cortes se sirvan acordar que el Gabinete nuevamente constituido (presidido por el general O'Donnell) no merece su confianza.» Firmaban esta proposición Madoz, Calvo Asensio, Lasala, Matheu, Sagasta, Salmerón, don Francisco y don Ramón Pérez; proposición que se convirtió en Mensaje para llevarlo a la Reina, siendo secretario de la misma el señor Sagasta, y en medio de un fuego de cañón y fusilería penetró por la claraboya del Congreso un casco de granada que fué a caer junto al señor Sagasta y los cristales en la mesa de los secretarios. Entonces Sagasta recogió el casco de granada, pidió que constase el hecho en acta y dijo: «Continuemos en nuestros esfuerzos con la misma serenidad que hasta aquí. Es nuestro deber.»

Disueltas aquellas Cortes con forma tan eficaz como la artillería, tuvieron que emigrar ya toda aquella minoría gloriosa de las Cortes Constituyentes de 1855 al 56, convirtiéndose en un centro de conspiración constante, que duró cerca de once años. Sacrificios, vidas, haciendas, todo se puso al servicio de la causa de la revolución, siendo Sagasta uno de los más activos y valientes conspiradores de aquella época.

Sin embargo, restablecida un poco la paz, volvió Sagasta al Congreso en el año en que se discutió el reconocimiento del Reino de Italia, nacido de la revolución italiana y de la victoria de las tropas piemontesas con Napoleón y Víctor Manuel II a la cabeza.

Fué aquella una discusión verdaderamente notable que demostró una cosa que ignoran muchos españoles respecto a Sagasta, y es que su oratoria evolucionó desde el tipo castellaniano al del hombre de Estado; pero entonces pudiera Castelar haber aceptado como suyas muchas de las intervenciones de Sagasta, que no dejaron paz ni reposo a la Unión liberal, conservando todavía la enemiga que había provocado en su alma la violenta disolución de las Cortes Constituyentes. En éstas, cuando se discutió la incompatibilidad del cargo de diputado con los cargos públicos, fué Sagasta uno de sus más ardientes defensores, y al tratar de la libertad de cultos pronunció un discurso, del que copiamos el siguiente párrafo:

«El cristianismo, se ha dicho aquí por algunos señores diputados, es un obstáculo para la libertad; es el enemigo de la libertad. Y yo, señores, liberal por carácter, liberal por convicción, liberal de corazón, francamente, no comprendo ese argumento: Que el cristianismo es el enemigo de la libertad. ¿Quién fué el primero que proclamó y practicó el principio en que se funda el partido liberal? ¿Quién fué el primero que patrocinó y practicó las bases en que descansan las ideas democráticas? ¿Quién? El representante del cristianismo: Jesucristo. Libertad, igualdad y fraternidad; he aquí la doctrina de Jesucristo. Jesucristo fué el primer democrata del mundo, y vosotros, demócratas, todo lo que sois, todo lo que valéis, lo debéis al cristianismo.»

Fué también Sagasta en las Cortes de 1858 a 1863 el autor de la acusación al ministro Esteban Collantes, el 14 de febrero de 1859, por el célebre expediente de los 130 cargos de piedra que todo el mundo sabía lo que se había empujado con ellos, y con su habilidad consiguió llevar a la barra al ministro, que en aras de una caballerosidad grande se sacrificó como víctima en aquel expediente. Pero donde Sagasta se mostró más hábil fué en la legislatura de 1860 al 61, en que cada sesión de Sagasta llenaba los escalones y la sala durante la discusión del reconocimiento de Italia, que empezó después de retirar el Gobierno muchas veces de la orden del día el asunto, el 20 de febrero, dando lugar esta retirada, que siempre se decía «por enfermedad del ministro», a la célebre frase «Los aires de Italia son fatales para los señores ministros». Pero, en fin, el día 6 de marzo se llegó a la interpelación, y de ella entresacamos del «Diario de las Sesiones» los párrafos más brillantes:

«Los aires de Italia son fatales para los señores ministros.

No hay español, señores diputados—prosiguió Sagasta—, no hay español que no desee que la Península Ibérica constituya pronto una sola nacionalidad; no hay español que no desee que dos pueblos nacidos bajo el mismo cielo, bañados por los mismos mares, que han tenido por tanto tiempo una vida común, siempre vida semejante; que cuentan las mismas tradiciones, las mismas costumbres, las mismas creencias, la misma religión, el mismo carácter nacional, la misma historia; que han compartido las mismas glorias y las mismas penalidades y que se han repartido la honra en el descubrimiento de nuevos mundos y que no están separados sino por una línea imaginaria, visible sólo por los aduaneros

SOCIEDAD MINERA Y METALURGICA DE PEÑARROVA

MINAS DE HULLA, HORNOS DE COK Y FABRICA DE BRIQUETAS en las provincias de Córdoba (cuenca de Bélmez) y Ciudad Real (cuenca de Puertollano).

FABRICA DE RECUPERACION DE SUBPRODUCTOS

Benzoles, Naftalina, Creosota, Alquitrán, etcétera, etcétera.

ACEITES MINERALES DE LA DESTILERIA DE CALATRAVA

FABRICA DE PRODUCTOS QUIMICOS

COMBUSTIBLES LIQUIDOS DE PRODUCCION NACIONAL

Aceites para motores a explosión.

Aceites para motores «DIESEL».

Gasolina Calatrava, Petrolina, Diselina, Aceite pesado.

que la determinan, no hay español, repito, que no desee que estos pueblos se reúnan en uno solo y que constituyan la unidad nacional, como constituye ya la unidad de raza y la unidad geográfica.»

Fustigando siempre a la Unión liberal:

«Señores: cada vez que hojeamos la historia de la Unión liberal nos encontramos con un nuevo capítulo, aún más grave y más original. Hasta ahora sabíamos que durante la Unión liberal podía haber ministros de la Gobernación que mandaran recoger los periódicos por ensalzar las excelas virtudes públicas y privadas de la gran Reina Isabel la Católica. Hasta ahora sabíamos también que durante la dominación de la Unión liberal, en circunstancias normales y durante largo tiempo, podía haber un presidente del Consejo de ministros que ignorase completamente las leyes de su país y que se disculpase ante la representación nacional de su conculcación por su ignorancia, cosa que no es permitida ni al último ciudadano... Pues hoy nos encontramos con otro capítulo: de cómo en la Unión liberal puede haber también un ministro de Estado, siquiera sea interino, que no sepa una palabra de asuntos diplomáticos... Y hay armonía completa entre el presidente del Consejo de ministros y la mayoría; aquél destruye un día la representación nacional, con la razón de los cañones, y ésta pretende destruirla con la sinrazón de sus acuerdos.»

Para aseverar la forma brillante de Sagasta en aquellos tiempos, copiamos también los dos párrafos siguientes:

«No habiendo servido todas las tentativas liberales de aquel desgraciado país en su penosa peregrinación al porvenir, en esa prolongada lucha; sino para reñar char más y más las cadenas que le oprimían; sino para que el Rey de Roma, después del triste día de Novara, volviera a plegar la bandera de la libertad, que momentáneamente diera al viento, entregando a la Ciudad Eterna al yugo de los extranjeros; sino para que Napoles, patria y cuna de Virgilio y del Taso, de Horacio y Tito Livio, con su azulado mar, con sus bosques de mirto, con sus caprichosas montañas y con todos los encantos de que la imaginación más ardiente puede hacer generoso don de la Naturaleza, fuera otra vez presa del más ciego de los despotismos, convertida en un pueblo de esclavos y para que Modena, Parma y Toscana fueran convertidas en cárceles, cuyas llaves estaban pendientes de las garras del águila de los cesares, y para que la soberanía perteneciera a todos menos a los italianos, y para que la Italia, en fin, que había dado su derecho a todo el mundo, no encontrara nadie que le reconociera el suyo en ninguna parte y para que viese errantes y sin familia a sus hijos más ilustres, siendo víctimas en los calabozos y cadalsos.»

«El Papa, pues, no puede residir en Roma; pero tampoco puede ir a una nación extranjera; no puede ir a Austria, porque su Emperador cambiaría su espada de Solferino por el rayo del Vaticano, para lanzarlo a la cabeza de los italianos, y el Papa sería en Austria más esclavo que en Roma; no puede ir tampoco a Francia, porque el Emperador aspiraría, con la influencia del Papa, a la dominación universal, lo que el primer Napoleón no pudo conseguir, y haría suspender las llaves de San Pedro de las garras del águila imperial, y el Papa sería en Francia tan esclavo como en Austria y más esclavo que en Roma. ¿Pues dónde ha de ir el Papa? ¿Dónde ejercerá su sublime ministerio? Señores, hay un punto en el antiguo continente, hay una ciudad, que fué la primera que oyó el dulce eco de la palabra divina; que cuando todas las demás se entregaban a la idolatría, era la única que conservaba la idea de Dios; que fué habitada por Dios; que tiene una misión especial y que, así como Alejandría es la ciudad de la Ciencia, y Atenas la del Arte, Roma la del Derecho, Jerusalén es la ciudad de Dios. En Jerusalén es donde puede residir el Papa, si ha de vivir redimido de toda esclavitud.»

Pero también se atisbaba ya en aquel joven ingeniero su actividad polemista, y en una sesión de 1861 provocó el siguiente incidente:

«Sagasta: pero es una protesta ridícula contra el destronamiento de los Borbones de las dos Sicilias, la del Gobierno, que sin derecho ninguno se opone a la voluntad nacional, cuando ese Gobierno es de una Reina que lo es por este principio, nada más que por este principio... (Grandes murmullos, fuertes interrupciones.)

Presidente del Consejo de ministros (duque de Tetuán): Pido que se escriban esas palabras...

El ministro de Estado (Calderón Collantes): Isabel II, no sólo es Reina por la voluntad nacional, sino por la tradición y por la herencia...

Siendo cada vez más incompatible la vida de los progresistas en España, se trasladó la conspiración a Inglaterra, Francia y Bélgica, después del acuerdo en los progresistas del retraimiento, que fué el guante arrojado por los revolucionarios a la situación y a la dinastía, uniéndose ya de una manera resuelta el general Prim en el banquete del 4 de mayo de 1864, en los Campos Elíseos, quedando destituido de la jefatura el duque de la Victoria, evocando este general el emplazamiento de los Carvajales al Rey don Fernando.

En esta conspiración se eligió a Sagasta como jefe de ella, quedando una especie de triunvirato progresista, compuesto de Prim, Olózaga y Sagasta, uniéndose ya a la conspiración Rivero con el grupo sintético de todos los republicanos, y adoptando casi como credo de la revolución futura el programa con que encabezaba sus números el periódico de don Nicolás María Rivero, «La Discusión».

El 22 de junio de 1866 se subleva el Cuerpo de Artillería, algunos batallones de Infantería, y los jefes de la revolución se lanzan a la calle, batiéndose en las barricadas Sagasta, Castelar, Muñiz, Rivero en la plaza de Antón Martín, y tantos otros, muriendo en ese día el célebre periódico de nuestra juventud «La Iberia», que salía a denuncia por día y que se escribían muchos números de él en la cárcel.

En París, en la isla de Saint Denis, donde Sagasta vivía casi miserablemente, estaba el centro revolucionario, y de 1866 a 1868 no hubo un solo día de tranquilidad para este hombre, y alma e inspiración de don Juan Prim triunfaron, por último, dando a España la Constitución de 1869, y quién sabe adónde hubiera llegado si asesinos, todavía ocultos, pero no olvidados, no hubieran acabado villanamente en la calle del Turco con don Juan Prim.

Vea usted, amigo conde, si un hombre que tuvo en su haber casi un tercio de su vida pendiente del garrote vil, viéndose sin comodidad de ningún género y sin tranquilidad en ningún momento, que con su periódico educó toda una generación y con su esfuerzo llegó a conseguir que España alcanzara la brillante época del triunfo de la democracia, no ha de hacer olvidar el que haya tenido al final de su vida alguna equivocación; pero siempre cayendo del lado de la libertad, como dijo en su célebre discurso al pedir el Poder en el reinado de Alfonso XII.

No sé si le habrá a usted complacido con estos datos que tenía recogidos en el trabajo de la «Memoria de mi vida»; pero si no le gustan haga el uso que quiera, sabiendo que siempre está a sus órdenes uno de aquellos revolucionarios de septiembre, hoy triste por las nubes que entoldan nuestra querida democracia española.

De usted afectísimo, q. e. s. m.,

Todos nuestros suscriptores que durante la temporada de verano se ausenten de su habitual residencia, podrán seguir recibiendo el periódico sin aumento de precio en el punto donde se trasladen, si abonan previamente el importe de un trimestre de suscripción, como mínimo. Los que se trasladen al extranjero abonarán, además, el importe del franqueo.

Manufactura general de plomos y derivados marca "SOPWITH"

Nuevo sistema patentado para la fabricación de blancos "SOPWITH" en polvo y pasta, de resultados inmejorables y precios muy reducidos.

Agencia comercial para la venta en España y Portugal del plomo elaborado marca "SOPWITH": Calle del Marqués del Riscal, 14. MADRID

Sagasta, hombre de acción

Por LUIS BELLO

¿Por qué no? Me piden ustedes, querido don Daniel, un artículo para el número del centenario de Sagasta; y en su ruego me parece advertir cierta desconfianza, como si me pidieran un acto de gran valor, un sacrificio no exigible ni aun para la mejor amistad. ¿Por qué no? Siempre me ha gustado el peligro y me ha parecido odiosa la ansia de los que se alistan con el vencedor y son capaces de negarle tres veces a Cristo y a su mismo padre. Pero, además, don Daniel, para no dar importancia a esta pequeña temeridad de ponerme hoy al lado de ustedes, sepan que contra todos esos grandes riesgos estoy vacuando. No he creído nunca en esa historia del ayer y del hoy, del cambio súbito, de lo nuevo y lo viejo... Ya comprende usted que para quien ha seguido día por día nuestra política un cuarto de siglo, y, además, ha buscado en la Historia relaciones y antecedentes de los hechos, no caben sorpresas ni mixtificaciones. Yo no me he dejado engañar un solo momento.—Ni siquiera en la Asamblea de Parlamentarios, a la que acudí por no echarme fuera de un movimiento pseudo-renovador patrocinado por las izquierdas.—Todo va siguiendo aquí una línea que viene de principios del siglo XIX, y que podríamos trazar gráficamente—algún día lo haremos—como la marcha de una fiebre.

ESTE NUMERO HA SIDO
REVISADO POR LA CEN-
SURA MILITAR.

Escribo, pues, mi artículo, y, además, lo escribo con gusto. Por muy elocuentes y entusiastas que fueran estas líneas en memoria de don Práxedes, no creo que lo vayan a resucitar. No ayudo, por tanto, a un nuevo período sagastino, sino a la revisión de una página histórica, trazada con letra demasiado nerviosa, en esa mala tinta de fines del XIX, donde todo se borró y embarrulló. Conviene dejar bien trazada la silueta del jefe liberal e insistir en un tema ya iniciado en otro sitio: ¿Quiénes son los que deben mayor gratitud a don Práxedes Mateo Sagasta? ¿Quiénes deben traer la mejor corona de flores al centenario?

Para comenzar con trazo seguro esa verdadera silueta, hemos de sustituir la frase de «Sagasta, revolucionario», por la de «Sagasta, hombre de acción». ¿Me permitirán ese cambio de palabras, que altera bastante el concepto y que equivale a un juicio del alcance que en realidad tuvo la revolución de 1868? Nosotros, los que le hemos visto de mucha-

chos, desde la tribuna de la Prensa, luchando contra los más próximos, siempre amagado del ingrato destino del rey Lear, nos encontrábamos con esa figura ya hecha, y la simpatía personal del «viejo pastor» nos inclinaba a aceptar toda la leyenda. Todavía recuerdo al viejo maestro Ferreras, sentado como un lugareño socarrón a la puerta de su balcón de «El Correo». Algo llegó a parecerse, hasta en la expresión y en el gesto, a fuerza de tratarle, comprenderle y seguirle, como Medrano al duque de Tamames. Y el viejo Ferreras, que cultivó siempre la leyenda revolucionaria, limpiaba, por lo menos dos veces cada legislatura, el morrión de don Práxedes y el sable de miliciano nacional.

Pero la revolución del 68—todo el mundo lo olvida—se inició, se preparó y se desarrolló como un movimiento constitucionalista, dentro de las instituciones fundamentales. Si fué más allá de sus propósitos, no hay que buscar la causa en el impulso revolucionario de los hombres que formaron el primer Gobierno con el duque de la Torre—Sagasta entre ellos—, sino en el desconcierto producido por el viaje de don Isabel y la propaganda de los demócratas y los emigrados en París, pero no del tipo de Sagasta, Serrano o Rivero, sino del tipo de los federales como Pi y Margall o de los unitarios como Castelar, Salmerón y García Ruiz. El grito de septiembre de 1868, el de la escuadra en Cádiz, el de Alcolea, ¿cuál era? Repasen la Historia los que sólo juzgan por los hechos de mayor bulto y ven que después del Gobierno provisional vienen las Cortes constituyentes y la República. La República surgió como un estallido, que no supieron evitar los inspiradores del movimiento, y el arte de éstos consistió en apagarlo y restituir las aguas a su cauce. El trabajo fué difícil; pero ayudaron todos, y en primer término, la Cantonal. Así es preciso orientarse en esa pequeña mar revuelta llamada «la Gloriosa». Para acabar con la República bastó excitar a los federales y a los discípulos de la «Comuna». Toda la burguesía, todos los elementos de orden españoles, comenzando por el Ejército, que había hecho la revolución, debía formar el cuadro contra el socialismo recalcitrante, contra la Internacional, que el año 73 tenía en España 270 Federaciones regionales con «trececientos mil afiliados». Se organizó el ataque contra el cantonalismo comunista—la nota extrema—, ayudando a su triunfo; y cuando fué evidente el peligro social y la catástrofe de España, quedó admirablemente preparado el terreno para una rectificación, es decir, para una Restauración.

La intervención de Sagasta en esa arriesgada y violenta campaña es decisiva. ¿Tiempos fuertes aquellos en que se jugaba con dinamita! Sagasta era el político, y por eso fué en el Gobierno provisional el ministro de la Goberna-

ción. Serrano, Prim, Topete, eran el Ejército; es decir, los generales. Rivero, el inspirador de cierta altura ideológica y doctrinal. Sagasta, el alma de la acción política, porque Ruiz Zorrilla, hombre de intención recta y sana, no podía compararse con él. Los demás: Lorenzana, Figuerola, Ayala, figuras más o menos decorativas. Sagasta preparó el famoso «manifiesto monárquico», primero en la «Gaceta», oficialmente, declarándose todo el Gobierno partidario de una Monarquía popular—26 de octubre 1868—. Luego, en la política de los partidos de orden: progresistas, unionistas y demócratas, que con la firma de sus caudillos y por la pluma de Rivero declararon que «la España de la Revolución, y a pesar de ella, aspiraba a levantar un Trono popular que hermanase el orden con la libertad»—12 de noviembre—. «La forma monárquica» decían entonces los demócratas, progresistas y unionistas que respondieron a los deseos del Gobierno provisional—es la forma que imponen con irresistible fuerza la consolidación de la libertad y las exigencias de la revolución.—Votemos unánimes la Monarquía, con todos sus atributos esenciales.

Aprecian bien los hombres de esta generación, tan lejana ya de la Gloriosa, cuál fué el objetivo de Alcolea. Aquel golpe borró a González Bravo. Por el estruendo, y quizá por azoramiento, hizo traspasar la frontera a don Isabel. ¿Qué más? Si pasó de ahí, después de la regencia de Serrano y del reinado de don Amadeo, fué porque no hubo medio de contener el desbordamiento popular y porque las gentes creyeron de buena fe en la revolución. Y entonces se hablaba del torrente populachero, y el propio García Ruiz, demócrata, republicano unitario, escribía desde «El Pueblo» que si en determinadas circunstancias el pueblo representa aquello de «vox populi vox Dei», también en otras suele ser la viva imagen de la bestia apocalíptica. Era amigo de grandes frases bíblicas don Eugenio García Ruiz; pero en su enemiga contra Pi y Margall y los cantonales vió claro que en ellos estaba el peligro de la verdadera revolución.

Consecuencia: que la República nació muerta; que el ensayo del 68 y el del 73 estaban fatalmente condenados al fracaso. Y otra consecuencia relacionada de modo concreto con la historia y la leyenda de don Práxedes Mateo Sagasta: Su intervención en las Constituyentes tiene algo de experimento químico. La mezcla le salió demasiado fuerte. Pero no dejó nunca de excitar a «la bestia apocalíptica» para que nadie entre los elementos de orden pudiera llamarse a engaño. Y, en suma, no fué un revolucionario, sino un hombre de acción que trata de conservar las instituciones esenciales, reformando su espíritu en sentido popular y liberal, dentro del ideario que ya llevaba muchos años andados el 68, pues el 54 ya era diputado liberal-progresista.

Quiere esto decir que acaso podrían vacilar en la celebración del centenario de Sagasta los que hubieran querido verle sosteniendo, como Ruiz Zorrilla, una causa vencida; pero nunca los que fundan en el orden social los únicos títulos para el ejercicio del Poder. Sagasta conspiró. Luchó «contra el absolutismo». ¿Esa es la gran línea que viene desde 1812 a internarse en nuestro siglo XXI—Emigró. Fué condenado a muerte en garrote vil, volvió a España jugando la vida. Sirvió de enlace entre los generales y los políticos que prepararon el golpe de septiembre del 68. Fué al encuentro de la escuadra sublevada, y subió al vapor que fletó misteriosamente Paul y Angulo para facilitar la reunión de los conspiradores.

Pero su acción—viva, violenta cuando fué precisa, y en otras ocasiones prudente y astuta—era la de un liberal progresista contra el absolutismo. Quizá no le corresponde, como a Cánovas, el título de restaurador de la dinastía; pero sí el de restaurador de la Monarquía. ¿No vale eso para ciertas gentes un buen centenario? Si desde nuestra posición, la conducta de don Práxedes Mateo Sagasta está llena de errores y nos es lícito oponerle reparos, no ocurre lo mismo con los partidarios incondicionales de lo constituido, que deberían admirar en Sagasta una vida de sacrificios. ¿Por quién fué don Práxedes el «viejo pastor», es decir, el hombre de la transacción? ¿Por qué ideales llegó desde la Constitución del 76 al pacto de El Pardo y a la firma del Tratado de París?

DIARIO UNIVERSAL

Floridablanca, 1. Teléfonos 924 y 1571 M.
Apartado de Correos 4521

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid, un mes, 2 pesetas; año, 24.—
Provincias: trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—Gibraltar: trimestre, 10 pesetas; semestre, 20; año, 40.—
Demás países del extranjero: trimestre, 15 pesetas; semestre, 30 pesetas; año, 60 pesetas.—
Comunicados y sueltos a precios convencionales.—
ESQUELAS: Precios según catálogo.

Todos los pagos son anticipados

Sociedad Española de Construcciones

ELECTRO MECANICAS

FABRICA EN CORDOBA

Cobre.—Latón.—Bronces.—Aluminio.—Cables desnudos para conducción de la electricidad.—Dinamos.—Motores eléctricos y Transformadores.

Dirección: CORDOBA.—Apartado 28

MADRID.—Alcalá, 16.—Apartado 769

Telegramas y Telefonemas: CEM (Madrid o Córdoba)

Adhesiones de los liberales

Con ocasión del Centenario de Sagasta hemos recibido numerosas adhesiones. El exceso de original nos obliga a fraccionar la publicación de ellas, cuya inserción comenzamos hoy y continuaremos en días sucesivos.

BILBAO.—Al conmemorar centenario nacimiento insigne político don Práxedes Mateo Sagasta, ruego a usted testimonio en mi nombre a su ilustre hija, condesa de Sagasta, mis sentimientos de veneración hacia la memoria de aquel eminente patricio, que consagró su vida con inquebrantable lealtad a unas ideas liberales, ganadas para ser un glorioso patrimonio nacional, que España nunca debió perder. Afectos y saludo cariñoso de su querido amigo.—Federico de Echevarría.

CHICLANA.—Me adhiero homenaje don Práxedes Sagasta, suplicándole haga llegar mi adhesión a señora condesa de Sagasta.—José Recio.

ALCOY.—Le agradeceré que en mi nombre ofrezca mis respetos condesa Sagasta con motivo conmemoración centenario y homenaje merecido, diciéndole que todos los liberales españoles no olvidamos a su difunto padre, don Práxedes Mateo Sagasta, que con su actuación política monárquica, y venciendo grandes dificultades y sacrificándose por la patria, consiguió la Restauración en España, alcanzando para los españoles los derechos que le corresponden al hombre. Saludos.—Francisco Payá Miralles.

ALCOY.—Ruego haga presente condesa Sagasta que partido liberal de Benilloba se asocia jubilo nacional por conmemoración centenario nacimiento ilustre hombre público don Práxedes, alma de nuestro partido.—Puchol.

TARRAGONA.—Haga presente condesa Sagasta mi supremo respeto a la memoria de su señor padre, haciendo votos por que sus queridas tradiciones, puestas en manos de V. E., no mueran jamás.—Leiva.

ONTENIENTE.—Ruegole ofrezca mis respetos a señora condesa de Sagasta y le significo rindo culto a la memoria del inolvidable patricio don Práxedes.—Juan Bautista Such.

HERRERA DEL DUQUE.—Ruegole haga presente mi adhesión señora condesa Sagasta con motivo homenaje centenario natalicio su ilustre padre.—Romero.

MOLINA DE SEGURA.—Ruegole presente mis respetos condesa Sagasta, adhiriéndome homenaje centenario su ilustre padre.—Rogelio Gil.

BAEZA.—Ruego haga presente señora condesa Sagasta mi testimonio admiración y respeto a la memoria del inolvidable patricio don Práxedes Mateo Sagasta.—Enrique Toranzo.

SAGUNTO.—Haga extensiva mi más firme adhesión a la condesa de Sagasta en el aniversario del natalicio de su padre, el gran patricio don Práxedes.—Antonio Palacios.

DAIMIEL.—Estimaré signifique señora condesa de Sagasta mis mejores votos con motivo centenario natalicio preclaro patricio.—César Cruz.

PALENCIA.—Como ilustre jefe partido liberal ruego sea portador cerca hija inolvidable patricio Sagasta mi sentimiento de admiración y respeto.—Sabino Carranza.

MÁLAGA.—Me adhiero fervorosamente homenaje inolvidable patricio liberal señor Sagasta.—Claudio González.

MARCHENA.—Ruego manifieste a la excelentísima señora condesa de Sagasta que me adhiero sinceramente al merecido homenaje que se tributará a su ilustre padre, gloria y sostén de la Monarquía española.—Carlos Muñoz Oliva.

VEJER.—Mi adhesión más entusiasta conmemoración nacimiento padre, señora condesa Sagasta, el ilustre patricio liberal don Práxedes Mateo Sagasta, de imperecedera memoria.—Juan Donaire.

SAGUNTO.—Ruego a usted transmita en mi nombre a la señora condesa de Sagasta mi adhesión al justo homenaje que en memoria de su ilustre padre piensa rendirle en el centenario de su nacimiento.—Tomás Beltrán.

DAIMIEL.—Rogámosle haga llegar señora condesa Sagasta nuestro respetuoso saludo con motivo centenario nacimiento de su padre don Práxedes, y expresión recuerdo imborrable del patriota eminente.—Daniel Moreno.—Victoriano Moreno.—José María Pinilla.

NERJA.—Liberales de Nerja rueganle por mi conducto salud condesa Sagasta con motivo celebración centenario del ilustre caudillo de nuestras libertades que se llamó don Práxedes Mateo Sagasta.—Francisco Cantano.

ESCORIAL.—En nombre de los contados supervivientes del gran partido liberal gaditano, le ruego presente a la familia del insigne Sagasta nuestro respetuoso homenaje con motivo de su centenario. Envío a usted testimonio de mi afecto personal y adhesión política.—Juan Gómez Aramburu.

LERIDA.—Comité partido liberal provincia de Lérida ruega sea ilustre intérprete cerca ilustre descendiente del malogrado patricio don Práxedes Mateo Sagasta del cariño y respeto con que siempre recordarán al hombre, honorable por todos conceptos, que tanto trabajó para conquistar las libertades públicas que ha tenido la nación española.

CIUDAD REAL.—En centenario nacimiento del inolvidable patricio, defensor de las libertades públicas, don Práxedes Mateo Sagasta, ruegole sea intérprete cerca ilustre hija, condesa de Sagasta, del homenaje que le rinde este humilde manchego, amante de la justicia, del orden, del régimen y de la libertad.—Emilio Moreno.

JAÉN.—El partido liberal de la provincia de Jaén, inspirado en un gran amor a la patria, y más unido que nunca por su ideal político de un régimen democrático, donde la libertad, el respeto al derecho y la defensa del orden sean las supremas garantías sociales, ruega a usted que, al cumplirse el centenario del nacimiento de don Práxedes Mateo Sagasta, haga llegar a su ilustre hija, la condesa de Sagasta, este telegrama, como ofrenda de nuestros respetos, en recuerdo y homenaje al gran patricio liberal, que tan relevantes servicios prestó a España y a la Monarquía. Nuestro cariñoso saludo.—Virgilio Anguita.

La Redacción de DIARIO UNIVERSAL se siente obligada a expresar su adhesión fervorosa al centenario del ilustre caudillo liberal don Práxedes Mateo Sagasta.

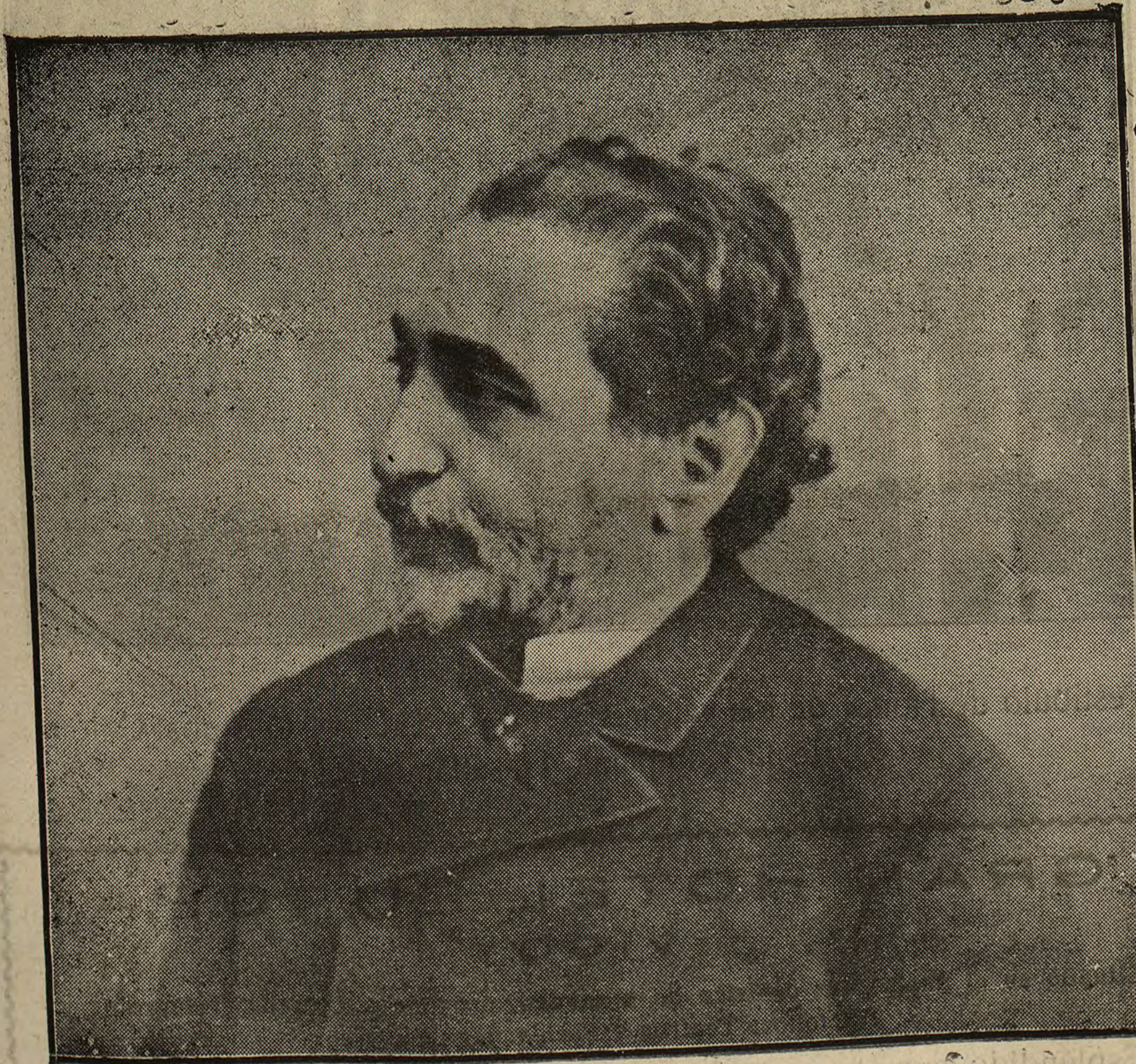
Hombres modestos, que día tras día y año tras año hemos laborado en la medida de nuestras fuerzas por la consecución de aquellos mismos ideales que constituyeron el credo político del gran estadista, sentimos con todo fervor emoción sinceramente admirativa hacia la obra de aquel gran patricio, apóstol y paladín de las ideas liberales en España.

Sagasta, periodista, nos legó un mandato que hemos procurado un día y otro cumplir: *patriotismo, progreso, libertad*; en estos tres grandes postulados se encierra el ideario de Sagasta, y a su servicio hemos puesto y pondremos siempre toda nuestra voluntad y honrada intención. Nunca mejor ocasión que la de esta solemne fecha para renovar nuestros votos en el ara del altar de la *Santa Libertad*.

Daniel López, director.

Ruiz Albéniz, redactor-jefe.

Isabel Rodríguez de Castro y Bueno, Anselmo González (Alejandro Miquis), Carlos Caamaño, Rafael Suárez, José Perpén, Alberto Vela, Miguel A. Rodenas, Luis García M. Puellas, Ismael Sánchez Estevan, Daniel López Rodríguez y Alberto Caamaño, redactores.



Ultimo retrato de Sagasta

EL CENTENARIO DE SAGASTA

En el Panteón de Hombres ilustres

El homenaje de los liberales

Esta mañana ha tenido lugar en el panteón de Atocha el anunciado homenaje de los liberales a la memoria del que fué ilustre jefe del partido don Práxedes Mateo Sagasta.

El acto consistía, como es sabido, en que los señores general Weyler, conde de Romanones y Villanueva depositaran una corona en la tumba del eximio patriota.

Homenaje de la familia.—La hija de Sagasta.—Flores en el mausoleo.—El conde de Sagasta, enfermo.

A las nueve y media de la mañana acudieron al panteón de Atocha la ilustrísima señora doña Esperanza de Sagasta, condesa de Sagasta, hijo del ilustre prócer liberal.

La distinguida dama iba acompañada de los biznietos de Sagasta, del conde de Torrecilla de Cameros y de doña Angela Alonso de Cámaras.

Después de orar ante la tumba de su padre, la condesa depositó sobre el mausoleo un magnífico ramo de flores naturales.

También depositaron flores los condes de Torrecilla de Cameros, retirándose todos una vez cumplido tan delicado y sentido tributo de cariño y piadoso deber.

Animación.—Llegada de Comisiones y personalidades.—La compañía de Milicianos.

Antes de las diez de la mañana comenzaron a llegar al Panteón de Hombres ilustres los elementos que se asociaban al homenaje a Sagasta.

LA CENSURA MILITAR HA REVISADO LAS PRUEBAS DE LOS ARTICULOS DE ESTE DIARIO

Una compañía de Milicianos, con uniforme de gala, y mandada por el capitán de dicha institución don Julián Urrutia, llegó antes de las diez de la mañana al Panteón, montando guardia en el mausoleo de Sagasta cuatro números, con bayoneta calada.

A las diez y media, el resto de la compañía formó detrás del monumento, dando guardia de honor al mausoleo hasta el momento de terminar la ceremonia.

Llegada del general Weyler y de los señores conde de Romanones y Villanueva.—Las coronas.

A las once menos cuarto llegó al Panteón el capitán general del Ejército, don Valeriano Weyler.

El ilustre militar vestía de paisano e iba acompañado de su hijo, don Fernando.

Dada la alta jerarquía militar del general Weyler, se le tributaron honores por los milicianos, que acogieron su llegada con toque de clarín.

Minutos antes de las once de la mañana llegó al Panteón nuestro ilustre amigo el conde de Romanones, que iba acompa-

ñado del ex presidente del Congreso señor Villanueva.

Ambos fueron saludados por las personas congregadas frente al mausoleo de Sagasta.

Primero el general Weyler, y luego el conde de Romanones, mientras llegaba la hora de realizar el homenaje a Sagasta, se dedicaron a visitar las tumbas del general Prim, situada, como es sabido, frente a la de Sagasta; la de Canalejas y las de otros ilustres hombres públicos.

Mientras tanto fueron llegando las coronas que iban a ser depositadas en el monumento de Sagasta.

Eran tres: una, de bronce, de gran sobriedad artística. Esta era la dedicada por los liberales, y que iban a depositar los señores Weyler, Romanones y Villanueva.

Esta corona llevaba la siguiente dedicatoria: «Los liberales, a su inolvidable jefe Sagasta.»

Las otras dos coronas eran de gran tamaño, y de flores artificiales.

Una, con cintas negras, llevaba la siguiente dedicatoria:

«El Ayuntamiento de Logroño a Sagasta.—1825-1925.»

De esta corona había sido portador el ex alcalde de Madrid señor Garrido Juaristi.

La otra corona tenía cintas de los colores nacionales, y había sido llevada al Panteón por el ilustre ex ministro don Tirso Rodríguez.

La dedicatoria decía así:

«El Círculo democrático de Logroño a Sagasta.»

El acto.—La concurrencia.—Colocación de las coronas.—Discurso del señor Villanueva.—Vivas a la libertad.—Desfile de los milicianos.

A las once y cuarto tuvo lugar el acto del homenaje.

Las coronas fueron colocadas sobre el mausoleo, y en torno de éste se congregaron los asistentes, que pasaban de un centenar.

Además del general Weyler y de los señores Romanones y Villanueva, encargados de depositar la corona dedicada por todos los liberales españoles, se situaron ante el mausoleo de Sagasta los ex ministros señores Rodríguez y Rivas (don Natalio) y los señores siguientes: doctor Pulido, Márquez, Royo Villanova, duque de Montellano, Elorrieta, López (don Daniel), Belaunde, Pérez Oliva, Paramés, García Revenga, Quesada, San Martín, Melgares, Garrido Juaristi, Soldevilla (don Fernando), Brocas, Ruiz Salinas, Herrero, Goñi, Melero, Oteyza, De Miguel (don Fulgencio), Suárez (don Rafael), Semprún, Albéniz, Cifuentes y otros que no recordamos.

Los señores general Weyler y conde de Romanones y Villanueva daban frente al mausoleo, y el ilustre ex presi-

dente del Congreso señor Villanueva, colocándose junto al monumento y dirigiéndose a los que le rodeaban, pronunció las siguientes frases:

«Señores: Sin intención alguna ni propósito de realizar ningún acto, acomodándonos a las circunstancias actuales, venimos hoy a depositar una corona sobre la tumba de nuestro inolvidable jefe, honrando así su memoria.

Los milicianos que asisten a este homenaje son el símbolo de nuestras libertades y la representación más genuina de nuestra patria, a la que se consagró aquel nuestro ilustre jefe.

Ellos, como nosotros, ante su tumba, expresamos con este sencillo acto de homenaje el propósito de seguir la senda que nos trazó para renovar las grandezas de nuestra amada patria.»

Las acertadas y elocuentes palabras del señor Villanueva fueron acogidas con muestras de aprobación.

Interpretando el sentir de los allí presentes, nuestro ilustre amigo el conde de Romanones dió gritos de ¡Viva la libertad!, que fueron contestados con gran entusiasmo y calor por los concurrentes.

El acto, sencillo y conmovedor, fué revestido de un ambiente de gran solemnidad.

LA CENSURA MILITAR HA REVISADO LAS PRUEBAS CORRESPONDIENTES A ESTE NUMERO

La compañía de milicianos formó frente a él y desfiló en columna de honor.

Con esto terminó la ceremonia.

Más telegramas de adhesión

LERIDA.—Mi entusiasta adhesión al acto que los elementos liberales tributan en honor del inolvidable don Práxedes Mateo Sagasta, cuyo recuerdo deberíamos tener presente los que deseamos el imperio de la libertad y la democracia como régimen de gobierno de los pueblos. Le saluda, Antonio Agelero Romeu.

MALAGA.—Ruégole ofrezca mis respetos señora condesa de Sagasta al cumplirse centenario del natalicio del ilustre patriota liberal. Salúdale afectuosamente.—P. Espejo.

SALDANA.—Ruego transmita a condesa Sagasta mis respetos a la memoria del ilustre patriota e inolvidable liberal don Práxedes Mateo Sagasta con motivo centenario su natalicio. Al mismo tiempo reitero mi inquebrantable adhesión a usted y partido.—Gerardo Herrero.

DAIMIEL.—Con motivo centenario nacimiento preclaro político don Práxedes Mateo Sagasta, agradecerle transmitiera condesa Sagasta testimonio mi simpatía.—Juan José López.

de los revolucionarios, Mendes Caveadas, que se encontraba a bordo del «Vasco da Gama» y pretendía imponer ciertas condiciones para rendirse.

El emisario del Gobierno comunicó estas condiciones al jefe del Estado y al presidente del Consejo, quienes no aceptaron, exigiendo al cabecilla rebelde su rendición inmediata sin condición alguna, amenazándole con abrir fuego contra el crucero.

El «Vasco da Gama» estaba aislado de las demás unidades navales, y el comandante Caveadas aceptó, a las cuatro y media de la tarde, su rendición, recabando para sí toda la responsabilidad de los sucesos.

La tranquilidad en la capital ha sido absoluta durante los sucesos, y la vida continúa desarrollándose normalmente. Y por último dicen que reina calma completa.

La ley marcial se aplica rigurosamente.

El Gobierno se presenta hoy en la Cámara.

Precio de este número: 10 cts.

mara de Diputados, y pedirá que sea aprobada la aplicación de la ley marcial hecha por decreto.

El general Vieira Rocha, ex ministro de la Guerra, y actual comandante general de la Guardia republicana se ha encargado del mando militar de Lisboa.

Se asegura que el Gobierno cuenta con el apoyo del partido nacionalista.

Del pacto de seguridad.

Entrega de la respuesta alemana a Francia

PARIS 20.—El embajador de Alemania ha entregado esta tarde, a las cinco, a M. Aristides Briand, la respuesta alemana a la nota francesa sobre el pacto de garantía.

A la salida, a las seis y diez, se ha limitado a manifestar a los periodistas que la nota sería publicada el miércoles por la mañana.

LONDRES 20.—Esta tarde, a las cinco, Mr. Chamberlain ha recibido al embajador de Alemania en Londres, quien le ha hecho entrega de la copia de la respuesta alemana a Francia sobre el pacto de seguridad.

Impresión optimista acerca de la nota.

PARIS 20.—En los círculos autorizados se considera que la respuesta alemana es muy satisfactoria y constituye un giro favorable para las negociaciones. Contiene algunas reservas, pero da lugar a todas las esperanzas para las próximas entrevistas, a fin de llegar a un acuerdo.

La nota, que es bastante larga, está redactada en tono cordial y da la impresión de que Alemania tiene deseos de llegar a dicho acuerdo.

El texto de esta nota será comunicado a las demás naciones por el Gobierno francés, que quiere conservar contacto con todos sus aliados, en estas negociaciones.

Las principales reservas que formula el Reich se refieren al artículo 16 del pacto.

La impresión dominante es, pues, de un gran optimismo y se considera que de aquí a diez días, la adhesión del Reich al pacto no estará lejos de constituir un hecho consumado.

De Marruecos

Noticias oficiales.—Se firma el acuerdo de seguridad y neutralidad de Tánger.

A las cinco y media de la tarde se reunieron los delegados franceses y españoles.

La deliberación duró una hora.

La nota oficiosa facilitada poco después a la Prensa dice así:

«Los cuatro delegados se han reunido, a las cinco y media, en la Presidencia del Directorio, y han rubricado el acuerdo aprobado por los dos Gobiernos, concerniente a la neutralidad y a la seguridad de la zona de Tánger.

Los textos protocolarios serán firmados mañana por la mañana.»

Repatriación de tropas.

El general Vallespina manifestó anoche que se van a repatriar de Marruecos los escuadrones del Rey, Castillejos y María Cristina.

El general Riquelme en Uazam.

CASABLANCA 21.—El general Riquelme ha visitado el sector de Uazam, en donde fué recibido por el general Goureaud.

El general español ha declarado que, a juicio suyo, la colaboración de los Ejércitos francés y español es cosa de gran importancia.

Noticias de Barcelona

Consejo de guerra.

BARCELONA 21.—El jueves, a las diez de la mañana, en el cuartel de Roger de Lauria, se verá en Consejo de guerra la vista instruida contra el paisano Manuel Vilá Escudí, por el supuesto delito de ultrajes a la bandera.

JUNTA GENERAL

La Previsión Periodística

Bajo la presidencia de don Cristóbal de Castro se ha reunido la junta general de La Previsión Periodística, para discutir la Memoria, cuentas, balance y distribución del saldo correspondiente al ejercicio de 1924.

Todo ha merecido la unánime aprobación de la asamblea, que quedó enterada, con satisfacción, de que el activo social se elevaba en fin de dicho año a la cifra de pesetas 139.803, y de que el reparto hecho en las distintas cuentas de los asociados, por ahorro y previsión, ha sido igual que el que se fijó el año precedente.

Después de efectuadas las aplicaciones reglamentarias, el activo de La Previsión Periodística en 1 de enero ascendía ya a pesetas 146.775,65.

La junta general otorgó un expreso voto de gracias a la Junta de gobierno por su gestión.

En sesión de junta general extraordinaria fué asimismo aprobada la modificación que se proponía al artículo 79 de los Estatutos, consistente en el aumento de un vocal en la Junta de gobierno.

Cubiertas las vacantes que en definitiva resultaban en dicha Junta, ha quedado ésta así constituida:

Presidente, don Cristóbal de Castro; vicepresidente, don Manuel H. Ayuso; contador, don Gaspar Pérez del Toro, depositario, don Carlos Caamaño; vocales: don Basilio Edo, don Evaristo Romero, don Miguel Tato Amat y don Enrique Marín; vocal-secretario, don Juan García Mora, y vocal-vicepresidente, don José J. Sanchis y Zabalza.

TALLERES GRAFICOS «EL MUNDO».—TAMAYO, 7. MADRID

Banco Hipotecario de España

El Consejo de Administración de este Banco ha acordado reducir a los siguientes tipos el interés de los préstamos y de las cuentas de crédito:

3,75 % para los garantizados con Cédulas hipotecarias.

4 % para los que lo estén con fondos públicos y acciones del Banco de España.

5 % para los garantizados con valores industriales.

Este interés se aplicará en cuanto a los préstamos solamente a las concesiones que se hagan desde esta fecha, y en cuanto a los créditos, se liquidarán a su vencimiento, cargando el nuevo tipo desde este día.

Madrid, 11 de julio de 1925.—El secretario, Eduardo Leclère y Méndez.

Esta resolución respecto a la reducción de los intereses en los préstamos, que es comentada por la opinión en términos de elogio, obedece al firme propósito del Consejo de Administración del Banco Hipotecario de llevar a la práctica las reformas que el digno gobernador de aquel, señor Lorente, expusiera en la Memoria leída en la Junta general celebrada en mayo último.

La reducción de los intereses por préstamos hipotecarios recaerá principalmente en beneficio de los pequeños propietarios, que se encontrarán en mejor disposición para aceptar el préstamo, empleándolo en obras.

Es, pues, digna de elogio la resolución adoptada por el Banco.

El Rey en San Sebastián

SAN SEBASTIAN 21.—Viniendo por la carretera de Navarra, el Rey entró anoche a las ocho en Miramar, acompañado por el infante don Alfonso.

Precedía al automóvil del Monarca el del gobernador civil, capitán general de la región, jefe de Estado Mayor y el jefe y director de la Benemérita, y después, en otro automóvil, el marqués de Viana y el señor Asúa.

En el palacio de Miramar recibieron a Su Majestad toda la familia Real, palatinos y el alcalde, quien será recibido hoy al mediodía por el Rey para exponerle el plan de los festejos de verano.

Procedente de Burdeos llegó el infante don Jaime, acompañado por su profesor, señor Antelo.

Desde la frontera hicieron el viaje en automóvil.

El Directorio

El Consejo de anoche.—Estudio de ponencias.

Hora y media duró el Consejo de Directorio celebrado anoche.

El general Primo de Rivera lo dió por terminado a las nueve de la noche, para trasladarse al Ritz y asistir a la co-

mida en honor de su secretario-ayudante, señor Ibáñez.

El general Vallespina dió a los periodistas que Su Majestad el Rey había llegado sin novedad a San Sebastián, a las cinco y quince de la tarde.

Respecto al Consejo, dió que se habían ocupado los vocales en el estudio de ponencias de Gobierno, ya que, como lunes, no asistían los subsecretarios.

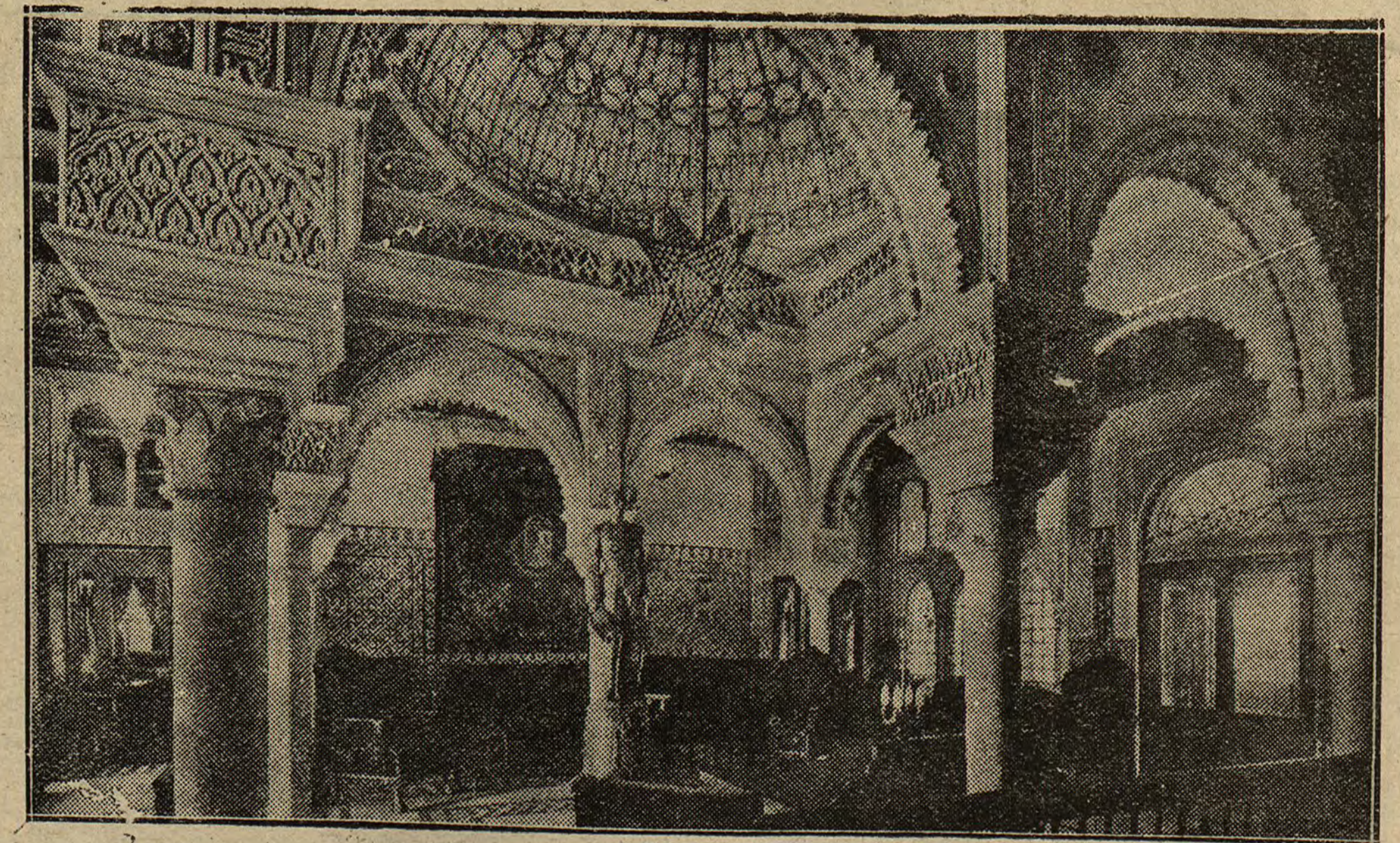
Entre esas ponencias se examinó la referente a la carta anunciadora, cuyo papel, con el sobre y el sello, se ofrecerá gratis.

Los marinos de Portugal que acuerdan sublevarse y luego se arrepienten

Noticias particulares de Lisboa, recibidas anoche en Madrid, agregan a la nota que ayer publicamos que antes del mediodía se rindieron totalmente los revolucionarios, después de un fuerte tiroteo.

El jefe del Estado firmó un decreto, promulgando la ley marcial en todo el país.

A las tres de la tarde, un emisario del Gobierno conferenció con el comandante



Vestibulo de Honor de los vapores «Alfonso XIII» y «Cristóbal Colón» de la Compañía Trasatlántica.

GRAN HOTEL EUROPA VIGO

Situado en el punto más céntrico de la ciudad, próximo a Correos, Telégrafos y Teléfonos; Teatros y Sociedades de recreo.

Espléndido comedor. — Cocina española. — Precios módicos.